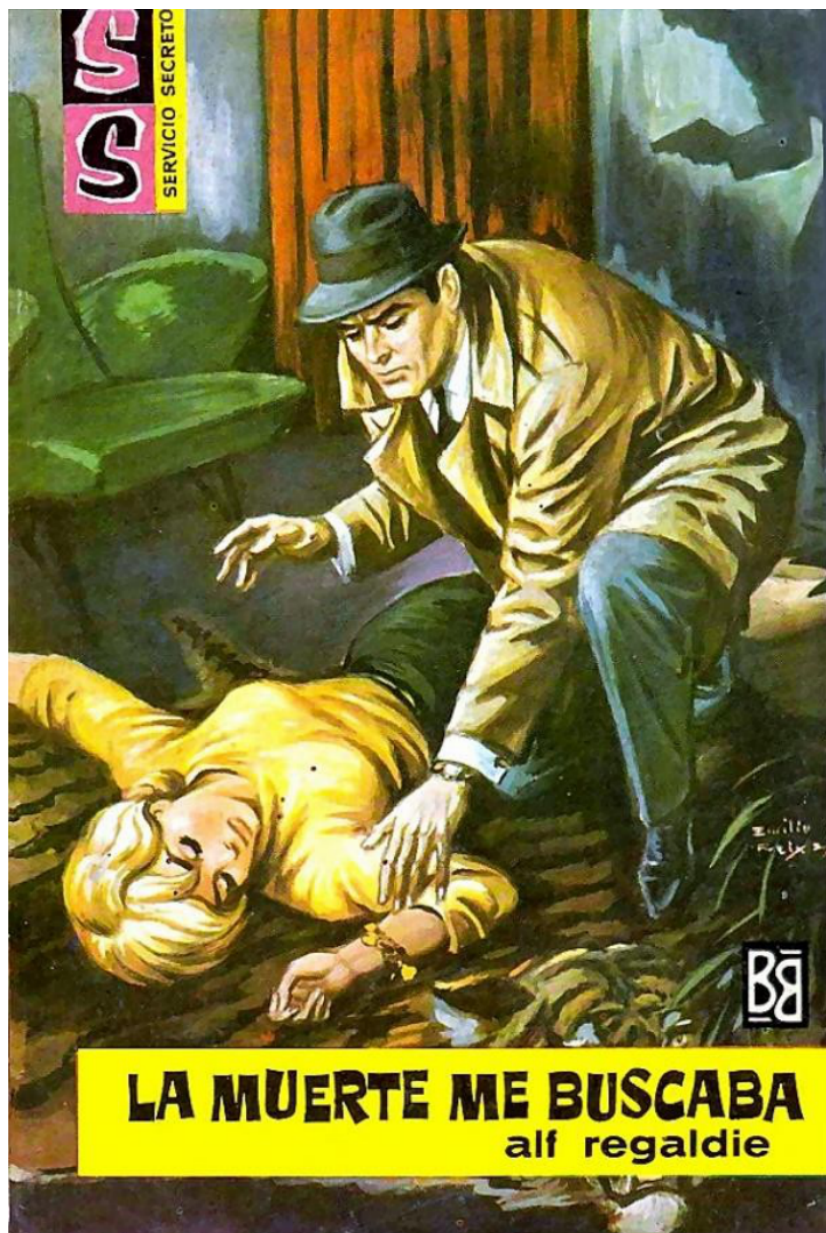


S
S
SERVICIO SECRETO



B
B

LA MUERTE ME BUSCABA
alf regaldie

ALF. REGALDIE

**ME BUSCABA
LA MUERTE**

Col. SERVICIO SECRETO n.º 696
Publicación semanal
Aparece los MARTES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 19.303 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN: SETIEMBRE - 1963

© ALF. REGALDIE - 1963

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963**

N. R. 2296/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

803 - Cuadrilla de demonios.

En Colección SERVICIO SECRETO:

677 - Máquinas de matar.

En Colección BÚFALO:

500 - Su nombre: Asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

372 - Bribones enmascarados.

En Colección CALIFORNIA:

348 - ¡Hay que matar a Saxon!

En Colección COLORADO:

303 - La muerte hizo su presa.

En Colección KANSAS:

243 - Su final: Soga o plomo.

En Colección BRAVO OESTE:

116 - El plomo selló la paz.

En Colección PUNTO ROJO:

58 - Melodía de muerte.

La MUERTE me BUSCABA

por ALF REGALDIE



CAPÍTULO PRIMERO

De verdad que no quería verme metido en más líos.

Conservaba aún mi licencia de detective privado, pero me había dedicado a vender extintores de incendios.

¿Han probado alguna vez a vender tal cosa? ¿No? Pues créanme, no prueben. Son difíciles de vender.

Cuando no hay incendio, no hay miedo de convencer a nadie de que su industria, su comercio, su estudio, se puede incendiar. Y naturalmente, no le compran.

Cuando hay incendio tienen preferencia los bomberos, que llegan antes y resultan más baratos. Y tampoco hay quien le compre a uno.

Si usted es capaz de vender extintores de incendios, podrá vender cualquier cosa. Pruebe y se convencerá.

No sé cómo me metí en aquello. Tal vez quise saber si era capaz de vender cualquier cosa, y como me gusta vencer dificultades, comencé por los famosos extintores.

Mi secretaria —y me refiero a mi época de detective privado—, una pelirroja estupenda, se había casado con mi último cliente. ¡Una bonita faena, sí, señor!

Entonces me decidí y cerré mi oficina. Que cada cual se arregle como pueda sus asuntos; y este seguro servidor de ustedes, a sus extintores.

El fulano que cargó con mi secretaria me había empleado para que lograra pruebas de la infidelidad de su mujer.

Conseguí las pruebas, aunque tuve que dar y recibir lo mío de leña. El divorcio le resultó fácil después de aquello, y le salió por una bicoca.

¡Y el muy estropajo me regateó a la hora de pagar la cuenta! Y para colmo se llevó a mi secretaria, que era un verdadero bombón.

Lo dicho: ¡Que cada cual se arregle sus líos!

Cada cosa lo que sea; como no soy rencoroso, me porté bien con mi secretaria. El día antes de su boda le envié a su departamento algunas prendas íntimas que no hacía muchos días se había dejado olvidadas en el mío.

¡Era un verdadero bombón, sí señor! Pero no quiero líos.

El intentar vender extintores tiene sus compensaciones.

Por ejemplo, se adquieren nuevos conocimientos de vocabulario. ¡Se Oye cada cosa, sobre todo cuando creen que uno no está escuchando! Sí, se ilustra uno.

Pero yo, tranquilo. No quiero líos.

Naturalmente, no es que me digan cosas demasiado gordas, y menos, por la cara.

Deben tener en cuenta que mido un metro ochenta y siete centímetros, que mi constitución es robusta en proporción, peso ochenta y seis kilos y se advierte agilidad en mis movimientos.

¡Ah! Y según dicen mis novias cuando reñimos, de vez en cuando pongo cara de bruto.

Pero como no quiero líos, cuando se dicen cosas gordas o de las otras, procuro sonreír. Sin embargo, parece que mi aspecto resulta más bien impresionante.

Otra compensación. ¡Se ve cada secretaria! ¡Y no les digo nada cuando hace calor! ¡O cuando no lo hace y en la oficina hay calefacción y al encargado de alimentarla se le ha ido la mano!

Hay secretarias que van bien envueltas, aunque tienen formas escalofrantes, pero otras prescinden bastante de la envoltura; podemos decir que son más bien desenvueltas. ¡Y entonces sí que son necesarios los extintores!

Pero ellas no compran. Prefieren que las lleve uno a cenar y a bailar por ahí.

Por lo demás, una vez un pequeñajo que se exaltó demasiado a pesar de mi corrección, se arrugó luego, cuando moví una mano para rascarme el cogote. Entonces quiso comprarme toda una colección de extintores.

Pero a mí me repugna que se pueda pensar que hago chantaje. El hombre podía haberlo tomado por allí y me negué a venderle. ¡Uno tiene su dignidad, qué diablos!

Luego sucedió algo muy chocante. Al pequeñajo, aquella misma noche se le incendió la fábrica; y a pesar de que los bomberos se

dieron bastante prisa, apenas si quedó el solar.

Les aseguro que no tuve nada que ver con aquello. Y me alegré de no haberle vendido por si acaso, pues días después me enteré que el pequeñajo había cobrado una crecida suma del seguro de incendios.

¡Entonces comprendí su irritación primera cuando intenté venderle los extintores! El fulano lo había pensado mejor luego y quiso cubrirse diciendo que me había comprado extintores, pero que habían llegado tarde.

¡La vida es así! ¡Hay cada elemento por ella!

El fulano, si hubiese tenido que dar yo el informe, no habría cobrado un centavo del seguro.

Pero le correspondió hacerlo a Fred Sthal, mi amigo Fred.

Entre nosotros, sin que lo tomen como chisme, Fred es un sinvergüenza, así como suena. Aquellos días derrochó de lo lindo. Seguramente que una buena parte del dinero del seguro fue a parar a sus bolsillos. Vergonzoso, ¿no?

Pero yo, ya lo saben; no quiero líos.

Ustedes se preguntarán, ¿y a qué viene todo esto?

Ni yo mismo lo sé. A veces uno experimenta la necesidad de hablar de sí mismo, como si quisiera perdurar. Tal vez es un presentimiento de que va a suceder algo, a pesar de que uno no quiere líos.

A lo largo y ancho de mi carrera he olfateado de lejos a la *Parca* en más de una ocasión y tal vez eso mismo me haya permitido el poder esquivarla. ¿La estoy olfateando ahora, en este instante? No puedo responderme.

A la presión de mis dedos se había abierto una puerta. Era la de la oficina de la «Chemical Logan, Ltd.».

Tenía la convicción de que no vendería un solo extintor. Pero había que intentarlo.

Entré. Había aire acondicionado. Respiré a gusto. En la calle hacía calor.

No había nadie en el antedespacho. Sin embargo, al abrir la puerta un zumbador advirtió mi presencia.

Como no había ido a hacer nada malo, me quedé tan tranquilo. La sensación de que olfateaba la muerte se había ido.

El perfume que flotaba en el antedespacho era exquisito y

enseguida me la imaginé a ella. Un perfume sugeridor...

Ella debía ser una de esas compensaciones con que tropieza uno a veces.

Soy un imaginativo a pesar de que tengo lo mío de bruto. E imaginé un jersey de esos que llevan unos rellenos así y así, de los que a mí me gustan. Imaginé luego unas...

Dejé de imaginar porque se abrió una puerta interior. ¡Y apareció ella!

La realidad superaba a todo lo que el más exigente podía imaginar, incluso con la ayuda de ustedes. Y me van a permitir que no la describa por si se marean. ¡Imaginen lo que quieran, lo mejor de lo mejor!

¡Algo han de hacer ustedes también, diablos!

Mis más íntimas convicciones de no meterme en líos se derrumbaron, cayeron destrozados a mis pies.

Ella parpadeó y experimenté que me llegaba un aire delicioso, impregnado de primavera y todo eso.

Luego los párpados quedaron quietos, las pestañas se inmovilizaron y cesó el aire.

Ella me miraba y sentí calor. ¿He dicho calor? ¡Estaba que ardía!

Me volví, mirando a un lado y a otro por si habían surgido llamas. Pero no. Era un servidor el que ardía, y comencé a pensar que me iba a ver obligado a venderme un extintor a mí mismo.

Tenía la ventaja de que me podía hacer las mejores condiciones de venta de lo que la casa autorizaba. Y además me quedaría mi comisión.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó la portentosa chica.

Su voz me sacó a la realidad. Mostré mi tarjeta profesional, la de la nueva profesión, que decía:

«Mark Power - Extintores de incendios»

Seguía la marca, el domicilio de la casa que yo representaba y luego mi domicilio particular.

No escribo el nombre de la casa vendedora por no hacerles propaganda. Eran unos negreros que no se portaban bien conmigo ni con nadie. Era inútil que uno pidiese un adelanto sobre comisiones.

Lo de mi domicilio particular tampoco lo doy, porque no quiero

líos.

Me dispuse a preguntar por el jefe y a rogar al portento que le pasase mi tarjeta. Eso fue lo que pensé.

Pero resulta que un tal Freud inventó el subconsciente ese, y en lugar de mi razón actuó en aquel momento el subconsciente.

Y yo mismo oí que mi pregunta era:

—¿Es usted casada o soltera, portento?

El subconsciente me había gastado una broma un poco pesada y mi consciente se daba cuenta de ello un poco tarde; pero ¿qué iba a hacerle ya?

Ella, aunque era todo lo hermosa que ustedes saben, debía ser inteligente también. Comprendió perfectamente el conflicto que se había planteado entre mi razón y el subconsciente.

Y le dio por reír.

Yo estaba algo aturdido, pero observé que se le formaban unos lindos hoyuelos en las mejillas al reír.

A mí me pareció estupendo lo de la risa y lo de los hoyuelos.

La risa puede allanar los momentos más difíciles de la vida, sobre todo, una risa como aquella. Eso, cuando no provoca las grandes catástrofes.

Aquí la catástrofe podía ser que hiciese reventar la ropa que vestía el portento, pues la chica parecía que se había vestido a presión.

Lo sentí de verdad, pero no se produjo la catástrofe. Y denosté mentalmente contra el fabricante de tejidos, que podía estar orgulloso de la calidad de su producción. Saqué dos cigarrillos y le tendí uno.

Se lo encendí galantemente y luego encendí el mío. Yo estaba embobado mirándola y permanecí con la cerilla encendida hasta que me quemé las yemas de los dedos y solté más que deprisa.

El portento, para disimular la risa, leyó la tarjeta.

Sonreí de dientes para fuera, sacudí los dedos y mentalmente dije palabrotas de las gordas, en cinco idiomas, incluido el mío.

El portento me dijo entonces:

—Si viene a hacer una demostración, debo decirle que aquí los cigarrillos no los apagamos con extintores. Los aplastamos contra el cenicero y si alguno se resiste, le damos con un martillo.

—Es un buen sistema —aprobé—. Pero se trata de la fábrica, la

«Chemical Logan, Ltd.».

El rostro de la chica tomó una expresión seria.

—No creo que míster Logan tenga su tiempo para perderlo ahora en una cuestión de éstas. Y es posible que en este momento esté deseando que la fábrica arda por los cuatro costados.

Tomé la onda y respondí:

—Lo siento, pero en eso no puedo servirle. La profesión de incendiaria no está nada bien mirada...

La miré intencionadamente a los ojos y añadí:

—Salvo cuando la ejerce una chica como usted. Me está asando de verdad. ¿Por qué no pone en juego otra vez los ventiladores?

Era inteligente, creo que lo he dicho ya. Raro, tratándose de una chica tan estupenda, ¿verdad? Pero ¿qué quieren? La naturaleza, a veces, se prodiga así.

Me entendió perfectamente, pestañeó y me sentí aliviado.

—Quedamos en que es soltera y en que no tiene compromiso. ¿A qué hora y en dónde la aguardo? —pregunté.

Volvió a sonreír al responderme:

—Yo tampoco gasto mi dinero en extintores.

—Podemos gastar del mío en un buen espectáculo y una cena. Hoy es mi día y he logrado unas ventas importantes —mentí—. Entré aquí porque pensé que debía celebrarlo con alguien.

No se puede decir que vistiese desastrado, pero hay que reconocer que mi traje no era ninguna maravilla. Menos mal que, según decía mi secretaria, había percha. Y al portento pareció conmoverle precisamente el que mi traje no era una maravilla.

Ella siguió demostrando inteligencia y dio media vuelta dispuesta a jugarse el físico llevándole mi tarjeta a su jefe.

Yo me alegré de aquella decisión de ella; y si ustedes hubiesen estado allí, se habrían alegrado también.

Ella, al volverse, no demostró solamente inteligencia y buen corazón. Estaba también la parte física, ¡qué caramba! Y resultaba impresionante, de verdad.

Al desplazarse se contoneó ligera y graciosamente y el juego de caderas, altamente emotivo, mostró que todo estaba exactamente en donde debía estar, en las justas proporciones; y que el modelo era de un acabado perfecto, una verdadera obra de arte.

Dejó una estela de sugeridor perfume y, sin poder evitarlo, di

dos pasos aspirándolo.

Comprendí en aquel momento perfectamente lo que era el vértigo. Comprendí muchas cosas más.

Ella se volvió al llegar a la puerta y me miró para animarme, posiblemente, a recibir el puntapié de míster Logan.

El momento en que mi portento estuvo de perfil resultó un espectáculo maravilloso, inenarrable, un contraluz de esos que tiran de espaldas y no resultan aptos para cardíacos.

Me dejé caer en una silla suspirando, sin pedir permiso. Ella sonrió comprensiva.

Creí que iba a salir humo del despacho de míster Logan y que tal vez ello me diese una ocasión para probar mis extintores.

Pero no salió humo. En cambio, salió ella. Era bastante mejor.

Mi portento sonrió y entornó los ojos para mirarme. Había en ellos algo que me dio frío. Luego asomó entre sus labios sensuales la punta de su roja lengua.

Aquello no podía ser más que para dorarme la píldora.

Estaba claro que mi portento, además de poseer todo aquello bueno que saltaba a la vista, tenía un gran corazón.

Y yo decidí aprovecharme. Le propondría que bailásemos un *twist* allí mismo.

¿Les he dicho que la chica era poseedora de unas piernas maravillosas?

¿Y que llevaba un pequeño corte en uno de los lados de su ceñida falda para que le permitiese andar con cierta comodidad?

Me relamá pensando en todas esas cesas y en nuestro *twist*.

Pero ella se encargó de echarme un jarro de agua fría al anunciar con melodiosa voz:

—Míster Logan le aguarda. Su visita le ha alegrado mucho. Llego usted en el momento más oportuno, según ha dicho.

Di un respingo. ¿Contaría míster Logan con mi complicidad para incendiar la fábrica mientras el pedido de extintores, en camino, no llegaba a tiempo y así le resultaba más fácil cobrar el seguro?

Vacilé, pero debo reconocer que mi vacilación duró poco. Ella estaba allí y yo haría lo que ella quisiera. Lo leí en su sonrisa, lo sentía en la jugosa juventud que irradiaba toda ella.

Sin embargo, pensé con obstinación casi: «No quiero líos, no quiero líos...»

Ella quedó en la puerta del despacho de su jefe, manteniéndola abierta. Yo, resignadamente, tomé mi maleta, en la que llevaba dos modelos de extintor: el grande y el más grande. Pesaban bastante, pero ya les he dicho que soy fuerte.

Sin embargo, ella me quiso ahorrar el esfuerzo, comunicándome:

—Deje la maleta ahí. Está segura. No se la llevará nadie.

Les aseguro que aquello no me dio buena espina.

Ella aseguró con desconcertante expresión:

—Míster Logan conoce bien sus modelos.

CAPÍTULO II

Debo repetirlo: todo aquello me dio mala espina.

Dejé la maleta con mis extintores en el lugar que la chica me señaló.

Ella permanecía en la puerta. Me quedaba el espacio justo para pasar y era difícil que no la rozase. ¡Y yo estaba cargado de electricidad positiva! Si la carga de ella era de electricidad negativa, la cosa estaba clara: los cuerpos se atraerían irremisiblemente.

¿Por qué pensaba yo en aquello, si de lo que se trataba era de vender extintores?

El subconsciente me jugó otra de las suyas. Sin saber cómo, enlacé a la portentosa secretaria de míster Logan por la cintura, la atraje hacia mí y le pedí:

—¿Me concede este baile?

Percibí muy cerca su perfume, la vi sonreír entre nubes. Volví a ver la roja punta de su lengua y dijo algo que yo no entendí.

Por fortuna, reaccioné inmediatamente, imponiéndose la razón.

Tal vez lo consiguió la voz de míster Logan que hablaba en aquel momento por teléfono y decía cosas terribles con su fuerte vozarrón.

Míster Logan estaba entregado a lo suyo y así la trastada que me jugó mi subconsciente pasó inadvertida para él.

Logan había rebasado los cincuenta años cumplidamente. Era un hombre que valía mucho, que había subido a fuerza de puños, sin regateos, porque era de los buenos.

Dejó el tubo del micro sobre la horquilla con tal golpe bastante brusco. El aparato no saltó hecho trizas por verdadero milagro.

El hombre me miró fijamente a través de sus gafas. Y recibí la impresión de que me estaban haciendo una vivisección, tal era la penetración de su mirada.

Se pasó una mano por la frente y dijo con voz normal, casi

amable:

—Por favor, Power, pase. Llego usted en el momento preciso. Es usted el hombre que yo necesito.

Intuí algo de lo que rondaba por su cerebro y traté de hacerme el loco.

Recordé que había olfateado la *Parca* cuando me disponía a entrar.

Dije, tratando de resultar convincente:

—Le aseguro que mis extintores...

—Perdone que le interrumpa, pero no estamos en condiciones de perder tiempo. Usted sabe perfectamente que no necesito sus extintores. Es a usted a quien necesito. Usted es detective privado, el famoso Mark Power.

Al terminar me señaló de manera terminante con el índice de su diestra.

—Era... —Opuse sin demasiada convicción.

—Su licencia continúa en uso, lo sé bien.

—Pero yo no ejerzo, no quiero líos. Lo mío es vender extintores.

—No ha vendido usted ni uno tan solo. Su cuenta en el Banco va mermando de manera alarmante... Pero no se trata de que yo abuse de su situación económica para obligarle a aceptar un trabajo.

¿No dije antes que era un fulano estupendo?

Me incliné ligeramente para agradecerle aquella deferencia suya, aquel miramiento tan poco corriente.

—Power, tratan de cometer una granujada conmigo, con mi empresa...

Siguió un lapso de silencio.

—Bastantes hombres irán a la calle —siguió diciendo—, si mis enemigos se salen con la suya. Hay bastante crisis y no resulta fácil encontrar un buen empleo.

—Eso es cierto —admití.

—Esos hombres tiene familias que dependen de su trabajo.

—Sí, lo comprendo. Pero lo mío...

No me permitió nombrar los extintores y siguió diciendo:

—Por encima de todo eso está aún el factor moral. La defensa de la libertad y el derecho. Y conste que en esta ocasión no son simples palabras que se esgrimen por esgrimir. En esta ocasión están llenas de contenido. Mi subconsciente me hizo pensar: «Sí, señor. Lo

mismo que el jersey tan mono de esa portentosa chica».

Tuvo que imponerse otra vez la razón. Y creí a Logan. Sabía que era de los buenos de verdad.

La sugestiva secretaria quiso mostrar también su fidelidad al hombre y a la empresa. Me miró como ella sabía hacerlo. Y estuve a punto de echar a correr en busca de uno de los extintores.

Ella dijo:

—Yo también quedaría sin empleo. ¿Quiere decirme a dónde puede ir una pobre huérfana como yo, si se ve en la calle? Llevo aquí más de diez años...

Estuve a punto de decirle a dónde podía ir. Estaba dispuesto a vender lo que fuese para que se viniese conmigo a mi casa, previo matrimonio, naturalmente. En un momento como aquel cualquier locura parecía normal.

Me olvidé del *twist*. Me olvidé de que no quería líos.

Se entabló una dura lucha entre mi parte consciente y el subconsciente. Temí verme envuelto por la neurosis de tipo puramente síquico. Y no conocía ningún sicoanalista que me inspirase confianza.

Estuve por preguntarle a la secretaria de Logan si ella era sicoanalista, pero en lugar de eso, le pregunté su nombre.

—Me llamo Marion —dijo de la manera más sencilla del mundo.

Logan fue comprensivo, lo confieso.

Entonces inflé el pecho y dije con énfasis:

—¡Al diablo los extintores! Si puedo evitarlo, usted no se quedará sin su empleo, Marion.

Me volví al «jefe».

—Míster Logan; Mark Power, detective privado, está a su disposición. No, por favor, no hablemos de intereses.

Comprendí que Marion me hubiese abrazado de buen grado. Y yo me hubiera dejado abrazar, lo confieso.

Pero la cuestión iba en serio y cada cosa debería darse en el momento oportuno.

Volví a percibir el olor a muerte; pero lo percibí dentro de mi cerebro. El exterior estaba cargado por el delicioso perfume que desprendía Marion, que a una seña de su jefe abandonó el despacho.

—No estoy para nadie, Marion —indicó Logan.

—Sí, míster Logan —respondió.

A tiempo de cerrar me dirigió una estremecedora sonrisa.

Logan me designó un asiento.

Las primeras palabras del dueño de la importante industria me hicieron tambalear. Dijo:

—Yo ignoraba que Fred Sthal es un granuja.

—Yo, no —respondí—. Aunque no siempre lo es. En ocasiones hace cosas buenas y hasta se juega la piel por sus clientes con absoluto desinterés.

Contra lo que yo podía esperar, mi respuesta no le desagradó.

—¿Se trata de él? —pregunté.

—No. Le he citado su nombre porque le encargué del caso, le di dinero por adelantado, no ha resuelto nada y sé que está gastando por ahí el dinero alegremente.

—No es la primera vez que hace cosas de ésas; pero luego suele resolver el caso.

Logan respondió con acritud:

—No sé nada de él desde anoche. Y ya tengo planteado el conflicto cuando el caso debería estar resuelto. Se lo di con tiempo de sobra porque lo vi venir.

En ocasiones yo no era capaz de reprimir la ironía. Aquella ocasión fue una de ellas cuando pregunté:

—¿Vio usted venir el conflicto o vio venir a Sthal?

—El conflicto.

Había comprendido la ironía, pero no se molestó. Y siguió:

—A Sthal me lo recomendaron. Me aseguraron que no había otro como él para resolver una cuestión de ese tipo. Yo había pensado en usted, pero me informaron que se había retirado.

—Ya sabe, los extintores. Bien, ya estoy otra vez en la brecha.

Logan me mostró una anotación y dijo:

—Después de informarme sobre usted, traté de localizarte anoche sin conseguirlo. Esta mañana le había llamado dos veces. En la casa de los extintores me informaron que usted había salido ya.

Agradecí con una leve inclinación la confianza que parecía dispuesto a poner en mí. Y le pregunté:

—¿Quién le recomendó a Sthal?

No necesitó consultar ningún apunte para responderme:

—Sandy Lodge.

Señalé en mi rostro otro gesto irónico. Logan se mordió los labios. Sandy Lodge era el pequeñajo del famoso incendio que había partido lo que cobrara con Sthal.

Logan añadió:

—Yo ignoraba entonces que Sandy Lodge era otro sinvergüenza.

—Yo no lo ignoraba —respondí—. Pero a usted eso no le servía, naturalmente.

—No —respondió Logan.

—Conocidos los antecedentes esos, vamos al asunto —dije con resolución.

En aquel momento debía estar magnífico y consideré una lástima que Marion no pudiese verme. Aunque, ¿quién sabe? Las puertas tienen cerraduras, las cerraduras, ojo, etcétera...

Seguí diciendo:

—Ahora sé ya que seguramente me encontraré con Sthal y con Lodge. Es posible que me pueda entender con el primero. A Lodge trataré de ignorarlo o tendré que romperle la cabeza, lo presiento. Lo segundo será lo más sano.

—Sé que esas cosas llevan aparejadas la violencia. Quisiera que se evitase en lo posible —dijo Logan.

—A usted le han dicho que a veces actúo a lo bestia.

—Me han dicho que es usted algo violento —dijo suavizando la cosa—. Y tal vez por eso había pensado en usted antes que en nadie. Los hombres que saben emplear la violencia ahorran muchas violencias.

Confieso que estaba un poco deslumbrado. Allí dentro había inteligencia y comprensión. Claro, eso no podía extrañarme en Logan. Sin embargo, era el que se había equivocado.

—¿Qué piensa Marion del asunto? —pregunté.

—No le gustó Sthal en absoluto.

Permanecí silencioso. Y Logan informó entonces:

—El problema en este momento es el siguiente. Tengo un importante cargamento de productos en el muelle. Se han de cargar hoy sin falta o el cliente los rechazará.

Hizo una pausa que yo respeté. Él siguió:

—La mercancía, en el muelle, corre el riesgo de estropearse. Y vale un buen montón de dólares.

Asentí, imaginando lo que iba a seguir.

Había sido testigo a lo largo del ejercicio de mi profesión, de algunas sucias faenas de los sindicatos manejados por pandillas de *gangsters*; y *aquella podía ser una de tantas*.

No resultaban fáciles de resolver tales cuestiones. Antes de llegar a un final justo, solían producirse apaleamientos, asesinatos, sabotajes... ¿Para qué seguir?

Los gongs, bien organizados, apoyados en políticos venales, en aspirantes ambiciosos, disponían de todo, hasta de jurados que los declaraban inocentes de sus iniquidades. No porque los jurados estuviesen vendidos, sino porque si no lo hacían así, eran barridos de manera implacable.

A veces se daba también el caso de algún miembro de un jurado que se vendía; pero eran los menos.

—¿Nauseabundo, no?

Pues yo, Mark Power, que no quería líos, me iba a meter de lleno en esa cloaca. ¿Y todo por qué?

Porque se me había ocurrido oprimir el botón del zumbador de llamada en la oficina de la «Chemical Logan». Bueno, y porque Marion me había mirado y yo la había mirado a ella.

Ríanse de mí, si quieren. Pero si hubiesen estado en mi caso, ¡ya habríamos visto!

—¿No quieren cargar? —pregunté innecesariamente.

—No. Ese grupo de carga se ha declarado en huelga. Presenta unas reivindicaciones absurdas. Quedarán en nada o casi nada; pero para entonces se habrá consumado mi ruina.

—¿Y si usted accede a admitir esas reivindicaciones?

—Se consumará también, aunque será una agonía más lenta. Y se me echarían encima otros fabricantes.

—¿Por qué no intervienen las autoridades? —pregunté, aunque conocía la respuesta aproximada.

—Están interviniendo, pero la gestión es lenta. Las elecciones están muy próximas, las fuerzas se hallan bastante equilibradas, y nadie quiere comprometerse.

Añadió, señalando un encogimiento de hombros:

—Los granujas se aprovechan de la liberalidad de nuestras leyes.

Por mi parte decidí que yo también iba a aprovecharme de la liberalidad de nuestras leyes, pero para derrotar a los sinvergüenzas.

—¿Qué empresa está interesada en hundirle, Logan? —pregunté.

—Yo diría que es la «Chemical Forest, Inc.».

—¿Por qué?

—Domino una especialidad en la que ellos han fracasado. Quisieron entonces que yo entrase a formar parte en la gran empresa de ellos, pero yo preferí seguir mi marcha.

—¿Por qué?

—Existen bastantes razones. Me gusta la independencia. Trato a los que trabajan para mí como seres humanos. Ellos, no. Y la «Chemical Forest» está prácticamente ya en manos de Arthur Lawson.

Conocía yo algo de aquello, pero mostré mi asombro con un silbido. Conocía perfectamente la catadura moral de Lawson, antiguo *gangster*, y comprendía perfectamente que un hombre como Logan no se entregase en sus manos.

—Así, pues, lo primero a lograr es que la mercancía que está en el muelle se cargue hoy mismo, ¿no?

—Sí.

—¿Tiene personal propio allí?

—Han tenido que salir pitando, para que no los apalearan al grito de esquiroles. Ellos estaban dispuestos a cargar.

—¿Es lo que le comunicaban por teléfono cuando yo entré?

—Sí.

—¿Cuántas horas se necesitan para cargar esa mercancía?

—Si quieren, en seis horas puede estar hecho el trabajo.

—¿En cuatro no?

—Si trabajan de verdad, con ganas, también.

—No hablemos, de mis honorarios, míster Logan. Pero, dígame, ¿de cuánto puedo disponer para que se haga el trabajo en cuatro horas en lugar de emplear seis?

—Ese granuja de Sthal se me ha llevado más de lo que debiera... Podré alargarme a mil dólares.

Lo dijo tímidamente.

—Trataré de evitarle el gasto. O lo reduciré en lo posible —le informé.

Me puse en pie dispuesto a iniciar mi acción. Preguntó aún:

—¿Sthal no le ha dado ni un solo informe de cómo iban las cosas, de cómo había enfocado el problema?

—Ni un solo informe. Anoche logré localizarlo. Estaba empapado en alcohol a lo que pude deducir. Hablamos por teléfono y me aseguró que vendría a verme hoy. Dijo que el caso estaba resuelto. Pero está claro que era mentira...

Dije pensativo:

—¿Quién sabe? Sthal tenía sus métodos muy particulares de trabajo. Bien, voy a resolver lo primordial. Y ya hablaremos más tarde.

Al pasar por frente a Marion, a mi salida, ella se había puesto en pie. Me sonrió como ella sabe hacerlo. Yo le dije:

—Lo de ahora es el *twist*. Pero a mí me gusta más la rumba en un rincón muy apartado.

—Con el calor va mejor la rumba —respondió ella.

Imprimió a su cuerpo un ligero y gracioso movimiento y sacó la punta de su roja lengua.

Al sonreír luego con expresión de picardía, se le volvieron a señalar los hoyuelos de las mejillas.

Yo preferí salir. Era absurdo consumir energías allí tontamente.

Ya en la calle, asomó ella y gritó:

—¡Eh, sus extintores!

—Ahí tiene la dirección de la casa. Haga el favor de devolvérselos con mis más respetuosos saludos. No es necesario que les diga nada de las suelas de mis pobres zapatos.

Tuve suerte. Un taxi me salió al paso y le di la dirección de mi despacho. Aunque cerrado, lo conservaba todavía. Y en él tenía mi pistola. Había sido mi amiga fiel de siempre, no me había fallado jamás cuando la había necesitado; ni se me había ido con ningún cliente.

Mi secretaria era la que no había resultado demasiado fiel, a pesar de ciertos juramentos. Pero ¿quién hace caso de juramentos prestados en momentos de pasión?

Mientras subía en el ascensor hasta la planta en donde tenía mi oficina, recordé que ella era un verdadero bombón. Pero yo no quería líos.

La borré de mi pensamiento sin esfuerzo y Marion ocupó su plaza merecidamente. La destrozó materialmente en mi imaginación.

Tarareando la rumba que pensaba bailar con Marion, abrí la

puerta de la oficina. Hacía bastantes días que no había estado por allí. Pensé que encontraría olor a moho.

¡Apenas hube abierto, di un salto y llevé la mano a la axila! Pero por primera vez mi fiel pistola no estaba allí.

¿Recuerdan que no hacía mucho había oído a la *Parca*? ¡En mi oficina había alguien! No era la primera vez que recibía una molesta visita en plan de liquidación de cuentas... Pero ¿cómo era posible que tan pronto...?

Me quedé de una pieza. Se abrió silenciosamente una puerta y mi visita se dejó ver. Llevaba en la mano mi propia pistola, en la funda sobaquera para más detalles.

Ya no supe si considerarla como visita. Se trataba de mi secretaria, el bombón de que les hablé. Rectifico, era mi exsecretaria, sonriente, con todas sus mareantes curvas en su sitio.

Se contoneó ligeramente. Intenté abrir la boca para decirle que no quería líos, pero me hizo callar al alargarme el arma como la cosa más natural del mundo.

—Toma, querido. Temo que la vas a necesitar.

—¡Diablos, Irma! ¿Qué haces aquí? ¡Lárgate inmediatamente!

—Necesito trabajar, ganarme la vida...

—¡No quiero líos! Te lo he dicho un millón de veces...

—¿Quién habla de líos? Vengo a trabajar, ¿está claro? No habrás ocupado la plaza...

—Tu maridó...

—¡Ni nombrarlo! Está planteado ya el divorcio. Comprendo perfectamente lo que le sucedió con la primera mujer. Y yo no quiero llegar a eso, ¿me entiendes?

—Sí, te entiendo, pero...

—¡Es un tacaño! Pero en todo, ¿me entiendes? ¡En todo! — subrayó en una especie de explosión verbal.

Onduló su cuerpo con graciosa intención. No había más remedio que entenderla y que comprenderla. Sobre todo yo, que la conocía bien.

—Está bien, pelirrojilla. Hablaremos de eso.

Cambió de rumbo y dijo:

—Me has recibido de una manera muy fría, Mark.

Tuve que cerrar los ojos porque era un verdadero bombón y ella procuraba demostrarlo con su manera de vestir, que tenía algo de

agresiva. Alargó su cara, poniendo su boca a mi alcance.

Yo encendí dos cigarrillos y le puse uno de ellos en la boca, dándole después un cariñoso cachetito.

—Todavía no estás divorciada, encanto. Y no quiero...

—¡Sí, ya sé! No quieres líos...

—Eso. Procura recopilar todos los datos que puedas sobre Lawson. Su pasado y su presente, sus proyectos para el porvenir. Sé discreta. Nos jugamos el tipo.

—¿Y por qué no nos tomamos unas vacaciones en Nevada? Las Vegas, Reno... Ahora está aquello muy animado. Solamente faltamos nosotros.

—Haz lo que te he dicho. Y no abras a nadie.

—Está bien.

Yo me había despojado de la americana y me ceñí la funda sobaquera con la pistola. Me volví a poner la americana.

Ella criticó:

—Ese traje no es adecuado. Se adivina a la legua que llevas el arma.

—Es lo que pretendo. Tengo licencia, ¿no?

—Sí, la tienes aún. No sé cómo, pero la conservas.

—La licencia y la pistola son más fieles que ciertos seres que hacen juramentos... —reproché en tono frío.

Decidió no entenderme. Y me dispuse a salir.

Cuando tenía ya la mano sobre el picaporte, me dijo Irma en tonillo agresivo:

—¡Hay otra mujer en tu vida!

—¡Y qué mujer! —exclamé poniendo los ojos en blanco.

Era la mejor forma de engañarla.

—Llevaré flores a tu tumba —dijo exasperada.

Su anuncio no me conmovió. Ella lo sabía.

Y le respondí:

—Para mortaja me gustaría aquel traje a cuadros que tanto te gustaba. Como tiene tantos agujeros, engañaré a la gente. No sabrás por cuál de ellos me fui al otro barrio.

Aquellas bromas macabras mías la ponían frenética, y le daba por trabajar de verdad, que era lo que yo necesitaba.

Le advertí aún:

—Si viene Sthal, dile que me he ido fuera.

—¿Y si viene mi marido, qué le digo?

—No me gusta meterme en asuntos matrimoniales.

—Puede que te encargue mi caso. Tendrás que averiguar si le soy infiel o no. Quiere que le salga el divorcio por una bicoca.

—Pues te aseguro que esta vez las pagará todas juntas.

—¡No me digas!

—Como poco, haré que cargue otra vez contigo. Es el menor castigo que merece.

Cerré antes de que me tirase alguna cosa a la cabeza. Me injurió; aquella ira la haría trabajar con más gana todavía.

CAPÍTULO III

Dicen que el mundo es de los audaces.

Para mí que eso no deja de ser una frase.

A la gente le gusta mucho hacer frases. El que no es capaz de hacerlas, aprende las de otros. No suele costar dinero y gracias a ellas, cualquier tuercebotas pasa por inteligente ante un auditorio de papanatas.

Cuando la frase no es de uno y se la apropia, le da un leve retoque y ya está.

Yo era audaz con bastante frecuencia. Y estaba convencido de que el mundo NO era mío.

A medida que me iba acercando en taxi al muelle en donde estaba la mercancía de Logan dispuesta para la carga, iba reformando la frase a mi medida. Yo era audaz; lo había demostrado muchas veces.

Si me daban ocasión, estaba dispuesto a demostrarlo una vez más. Y el mundo NO era mío...

Bueno, tenía algo seguro en él: una fosa de unos siete pies de larga por dos y medio o tres de ancha, y la profundidad que le quisieran dar. ¿Qué podía importar?

Bajé del taxi cerca del lugar en donde estaba la mercancía dispuesta para la carga. Pagué antes de apearme. Y recomendé al hombre que se alejase a toda prisa.

Por la naturaleza de la mercancía, era uno de los muelles más apartados y, por tanto, menos transitados.

Y el conflicto planteado había alejado a los que habitualmente se hallaban en el lugar.

Total, entre unas cosas y otras, aquello presentaba un aspecto impresionante. Poca gente, gestos hoscós...

Me habría gustado que los que se hallaban allí, y que deberían estar cargando, no tuviesen ni idea de mi existencia.

Desgraciadamente mi fotografía había salido en los periódicos con demasiada frecuencia. Era una desventaja.

Pero había una ventaja. Los mismos periódicos se habían hartado de retratarme como un fulano capaz de saltarle los sesos a un granuja por menos de nada. Eso imponía; y entre la gente del hampa se me temía y se me respetaba.

Se había exagerado sobre mi forma de actuar, se había pedido que se me retirase la licencia. Había policías que me aborrecían tanto como los hampones.

Pero había una cosa cierta. En las cuatro ocasiones en que había volado la cabeza a otros tantos tipos, lo había hecho en defensa propia. Y los cuatro eran unos criminales de la peor especie, sin dejar lugar a dudas. Eran cuatro alimañas siempre sedientas de sangre, que habían sembrado el pánico y el dolor.

Me acerqué a los cargadores en huelga, que se hallaban cruzados de brazos.

El barco estaba esperando vanamente la carga. Los marineros, acodados en la borda, parecían bastante fastidiados. Pero no querían intervenir en la cuestión.

La gente me vio llegar y mostró cierta curiosidad. Yo avanzaba sonriente.

Señalé para la mercancía y dije:

—Va destinada a mí y tiene que salir en ese barco. ¿Por qué no la cargan ya?

Adelantó uno de los hombres, el cual me dio una serie de explicaciones que un servidor tenía archisabidas.

Objeté, después de escuchar pacientemente:

—¿Qué tengo que ver con esos líos? Me perjudican a mí. Ustedes ya arreglarán eso con quien sea. He pagado la mercancía, vale sus buenos dólares y se va a echar a perder.

Se encogieron de hombros, y alguno hasta sonrió burlón.

Ofrecí:

—Muchachos, daré cuatrocientos dólares de prima si la mercancía queda cargada dentro de cuatro horas.

Algunos se miraron. Hubieran aceptado de buen grado, pero comprendí que tenían miedo. Y no respondieron.

Entonces seguí hablando:

—Muchachos, se están divirtiendo con ustedes. Cuando se

estropee esa mercancía, que es lo que buscan, terminará la huelga. Ustedes no ganarán nada. Y embarcarán la mercancía de mi competidor, que es quien ha promovido todo esto.

Algunos de ellos sabían que era así, pero tenían miedo.

Por mi parte, había calculado que los *gangsters, después de espantar a la gente de Logan, mantendrían por allí una pequeña guardia para vigilar a los cargadores.*

Los componentes de tal guardia no podían tardar en asomar por allí. Y llegarían confiados al saberse en superioridad numérica.

Claro, allí los *gangsters se daban el nombre de capataces, de listeros o de algo parecido. Y todos aseguraban que eran unas personas estupendas, personas que se sacrificaban por el bienestar de los afiliados al sindicato.*

Nadie creía tal cosa, salvo algún ingenuo. Pero así iba rodando la bola.

Se acercaron tres fulanos en plan de inquirir lo que sucedía.

Los reconocí inmediatamente. Y ellos también me reconocieron. Aquello presentaba indicios de irse poniendo como me gustaba.

Pregunté:

—¿El jefe de este grupo no es Frank Guzik?

—Sí. Él es.

—¿En dónde está?

—En su puesto de combate —respondió enfáticamente uno de los que se acercaron, escoltado por los otros dos.

Lo miré de pies a cabeza y luego a la inversa, de manera hartamente despectiva.

Y solté:

—Yo sé bien cuál es el puesto de combate de Guzik, «Caracortada». ¡Todo pura filfa!

Lo acentué bien para que no hubiese dudas y la escuchasen los demás.

Continué:

—Sé las «mejoras» que está consiguiendo, si es que te refieres a eso. Le eché un vistazo a su cuenta corriente antes de venir. Había crecido y estoy seguro de que no podría decir de dónde salió la pasta.

Un servidor era así de diplomático. Lo de andarse por las ramas me parecía propio de pájaros y de simios. Y yo no era nada de eso.

Los Compañeros de «Caracortada», que hacía de jefe, eran Lefty, una especie de serpiente con dos patas, y otro fulano como un mastodonte de grande, al cual llamaban «El Champ».

Hubiese podido ser campeón, pero lo habían sonado antes de tiempo gracias a las habilidades de Guzik, que también picaba lo suyo en las cosas del pugilismo.

El «Champ» preguntó a «Caracortada»:

—¿Qué hace este aquí?

—Fastidiar —fue la escueta respuesta del jefe.

—¿Le doy ya? —preguntó el mastodonte.

Un servidor conocía bien al mastodonte. Sabía que cuando hacía su pregunta, lanzaba ya el golpe sin aguardar respuesta de su jefe y sin pedir parecer a la víctima elegida.

El golpe de «El Champ» resultaba demoledor; y se le temía por eso y porque era de los que se ensañaba hasta machacar materialmente al que caía en sus manos.

Y la víctima elegida en aquella ocasión era precisamente yo.

Lanzó su golpe con espantosa precisión, muy en corto, apoyándolo con todo el juego de su cuerpo. Un golpe digno del gran campeón que hubiese podido ser.

Por mi parte, miraba a sus pies, porque es precisamente de allí de donde parte el golpe de un buen pugilista. Y lo intuí con el tiempo justo para esquivarlo.

Se fue detrás del golpe y quedó al descubierto unos instantes. Yo conocía bien cuál era su punto más vulnerable y le solté un espantoso trallazo.

Se tambaleó la mole, que se dobló ligeramente hacia adelante y le metí la rodilla derecha entre la boca y la nariz.

Fue un golpe espantoso. Le saltaron tres dientes, le reventé los labios y le produje una herida considerable en el apéndice nasal, que manó sangre en abundancia.

Bramó de manera horrorosa y se desplomó de bruces, dando luego media vuelta para quedar boca arriba.

Se produjo la cosa con asombrosa rapidez, y cuando todos me daban a mí por muerto o poco menos, estaba él fuera de combate para un buen rato.

No anduve remiso en desenfundar mi pistola, aferré bien a «Caracortada» con mi izquierda y lo inutilicé con una asfixiante

presa al cuello.

Y le hice frente a Lefty con la pistola.

Tal vez no lo crean ustedes, pero aquello resultaba más emocionante y divertido que tratar de vender extintores. Claro que aquí no había secretarías mareantes. Pero ustedes ya saben que esas secretarías no traen más que líos, aparte de tener que pagarles el espectáculo, la cena, etc.

Esto era diferente. Resultaba un ejercicio estupendo. Después de actuar, hablé:

—Si alguien quiere que le desparrame los sesos, no tiene más que moverse. Y si se acerca alguno de los vuestros, dad por seguros que estáis perdidos.

«El Champ» no me podía escuchar. Estaba claro que tenía para un buen rato. Y los otros sabían que yo no exageraba en absoluto.

Los cargadores estaban asustados y me miraban indecisos.

Por mi parte no ignoraba que no habrían obedecido mi orden de cargar; y no era cosa de liarme a tiros con ellos. Tenían miedo, había que compadecerles.

Pasé la orden a «Caracortada».

—Da la orden de carga.



Da la orden de carga...

2 - MUERTE

Siguió un silencio tenso.

Él no podía verme; pero veía perfectamente a Lefty y advirtió que éste palidecía.

Lefty se había dado cuenta de que mi pistola estaba montada y que iba a disparar sin miramiento alguno.

La expresión de Lefty lo decidió. Y lanzó la orden:

—¡Vamos, muchachos, a cargar! Quien paga, manda. Me dirigí a los trabajadores:

—Mantengo mi promesa. Cuatrocientos dólares si está cargada la mercancía dentro de cuatro horas.

«Caracortada» afirmó con un movimiento de cabeza, diciendo:

—Adelante, muchachos. Es una mejora que vale la pena. Hay que ganar esa prima.

Quería dar la sensación de que mantenía su autoridad, pero no engañó a nadie.

Por mi parte dije:

—Soltaré la pasta en el acto. Y ya me encargaré de que me la devuelva luego el granuja de Guzik.

Los cargadores comenzaron su trabajo de manera febril, dando la sensación de que daban un desahogo a sus nervios.

Los marineros estaban admirados.

La situación era muy difícil para mí. Cuestión de tiempo. Afortunadamente aquél era el último muelle, el más aislado. Una buena baza a mi favor.

«El Champ» tardó cerca de veinte minutos en volver en sí. Se sentó y se tomó la cabeza entre ambas manos, para, finalmente, mirarme con expresión alhelada.

Le ordené:

—Vuelve a tenderte, «Champ». Coloca los brazos en cruz, que los vea bien. Estarás mejor así.

«Caracortada» temía por sus sesos y ordenó:

—Obedece, «Champ». Es lo más sano. Así se restablecerá pronto la circulación de la sangre.

La angustiosa situación duró tres horas y veintidós minutos.

Cuando terminaron de cargar los hombres, desarmé a los tres granujas y los llevé a punta de pistola hasta el mismo borde del agua.

Una vez allí advertí a «Caracortada»:

—Si les sacáis uno solo de esos cuatrocientos dólares, me enteraré. Y será tu última sucia faena. Lo mismo te digo, Lefty. Y a ti también, «Champ».

Después los empujé uno a uno, arrojándolos al agua. Y les tiré unas piedras para obligarlos a alejarse unas yardas de la orilla.

Entregué a los cargadores los cuatrocientos dólares, para que se los repartieran.

—Y ya saben cómo hay que tratar a esa gentuza. Es cuestión de agallas. Sí, ya sé que entre ustedes puede haber algún chivato que les informe a ellos. Pero atiendan a esto: Lo que haga una mano, que lo ignore la otra. Y así los chivatos no tienen nada a hacer.

No estaba seguro de que supiesen aprovechar la lección. Tal vez alguno llegara a tenerla en cuenta si se veía entre la espada y la pared.

Pero un servidor es así. Me gusta abrir caminos rectos en la vida. El que quiera, que los siga.

Cuando me alejé después de despedirme, advertí que me miraban con respeto y temor a la vez.

Tenía bastante camino que recorrer a pie y no debía entretenerme, podía resultar peligroso.

Afortunadamente, una vez perdí de vista a los trabajadores y al barco, divisé un automóvil.

Asomé una mano por la ventanilla, haciéndome seña para que me acercase. Era una mano femenina. Entré en el automóvil e instantes después, Marion me premiaba como solamente ella podía hacerlo.

¿Quién dijo miedo?

CAPÍTULO IV

Tras escuchar algunas juiciosas recomendaciones mías, Marion corrió a la oficina de Logan.

Antes de separarse de mí, me volvió a premiar cumplidamente. Y me repitió, con una ligera demostración, que también a ella le gustaba más la anticuada rumba que el modernísimo «*twist*».

—Es más natural, ¿comprendes? —me dijo.

El argumento que esgrimió no dejaba lugar a dudas. Bien, como ya les hablé del jersey que vestía y del relleno de tal jersey, no necesitarán más explicaciones.

Volvimos al asunto de Logan y le hice comprender que si habíamos ganado el primer asalto en aquella lucha, debíamos prepararnos para el segundo. Sería difícil sorprender al enemigo.

Cuando se alejó, dejó en mí una fragancia desconocida hasta entonces, y no se puede decir que yo hubiese amontonado interesantes experiencias amorosas en mi vida.

Aguardé hasta que se perdió de mi vista. Era un verdadero recreo verla caminar, moviendo su fino talle, jugando sus caderas con deliciosa coquetería.

—¡Qué hermosa es la vida! —exclamé.

El chofer miraba embobado para Marion hasta que ella desapareció. Lo comprendí perfectamente y por eso no le regañé.

Él me dirigió una mirada de envidia, valiéndose del retrovisor, y murmuró:

—Hay fulanos que tienen suerte de verdad.

Le di la nueva dirección a dónde me debía llevar y arrancó de manera brusca, dándome la impresión de que le habría gustado que me desnucase.

Pero como él no llegaría siquiera a los setenta kilos de peso, no quise molestarle.

El automóvil, siguiendo mis indicaciones, se detuvo dos

manzanas antes de llegar a la casa en donde Sthal tenía su apartamento. Era una construcción muy vistosa por fuera, y que no estaba mal por dentro. Debo reconocer que Sthal es de los fulanos que saben vivir.

Pagué al chofer y le di una buena propina. El hombre no había protestado cuando Marion me premió repetidas veces dentro del coche. Y la discreción merece su premio.

Marché a pie hasta donde vivía Sthal. Me acerqué por la acera de enfrente, rebasé la casa, crucé y realice otras pequeñas maniobras por el estilo.

Daba la impresión, por mi manera de proceder, que era un desocupado al que le interesaban las chicas y los escaparates. Pero les aseguro que en aquellos momentos no existían para mí ni chicas ni escaparates.

Volvía a olfatear la muerte. El sexto sentido actuaba dentro de mí, me avisaba.

Cuando puse el pie en el portal de la casa de Sthal, hubiese jurado que la muerte había pasado por mi lado, rozándome. Llegué a percibir su fétido aliento.

Sin embargo, no había visto ningún fulano sospechoso por los alrededores de la casa.

El portero estaba tranquilamente sentado en su cuchitril, leyendo. A pesar de ello, era difícil que escapase a su inspección nadie de los que entraban o salían.

Levantó la vista, me reconoció y me sonrió levemente.

—¿Está él arriba? —pregunté.

Se encogió de hombros y respondió:

—¿Y quién lo sabe? Puede que esté. Anoche debió venir tarde. O temprano, según se mire. Y tal vez no vino solo...

—Eso quiere decir que tiene pasta...

El portero mostró su discreción señalando un nueve encogimiento de hombros.

Tomé el ascensor y me detuve en la quinta planta. No me crucé con nadie. Los inquilinos de los diversos apartamentos debían estar trabajando a aquellas horas.

Pegué uno de mis oídos a la puerta del apartamento de Sthal. No se producía ningún ruido allí dentro.

Consulté mi reloj.

—A pesar de que llegó de madrugada, es hora de que esté levantado. Tal vez el portero no le había visto salir...

Llamé, sin obtener respuesta alguna. Insistí una y otra vez.

Decidí retirarme, pero había algo que me retenía allí. Traté de razonar que debía llamar por teléfono a Logan, por si Sthal, a última hora, había cumplido su palabra.

Pensando en ello, me pareció percibir un suspiro en el interior del apartamento. E insistí en mi llamada.

Una voz femenina dijo algo. Era una voz bronca. Las palabras se le trababan al hablar.

—Debe estar rezumando alcohol por todos los poros de su cuerpo —murmuré comprensivo.

Insistí una vez más en mi llamada. Y la misma voz femenina respondió de manera airada:

—¡Ya voy, ya voy...! ¡Qué manera de fastidiar a la gente! Puede echarlo por debajo de la puerta, ¿no?

Me pareció reconocer la voz de una de las amigas de Sthal. Se llamaba Ethel y la conocíamos por la «Pelirroja».

La chica tenía percha y todo lo apetecible para pasar un buen rato con ella. Cuando había dinero para gastar, era única. No se separaba de uno ni aunque le pusiesen un cartucho de dinamita a los pies.

Sin embargo, jamás pedía un centavo para sí y era generosa consigo misma.

Procuré que, sin necesidad de gritar, le llegase mi voz. Dije:

—Escucha, Ethel. Resulto un poco voluminoso para pasar por debajo de la puerta. Abre y siempre será mejor.

—No te conozco. Lárgate.

—Me conoces de sobra, Ethel. Ya no vendo extintores. He ganado en las carreras.

Tuve la impresión de que vacilaba. Aquello podía significar que a Sthal le debía quedar muy poco dinero del que había sacado a Logan. Tal vez se le habría terminado todo ya.

Y yo le gustaba a Ethel cuando mi cartera estaba en condiciones. Y no la había defraudado jamás.

Oí que rebullía. Me hubiese gustado poder mirar por un simple agujero, seguro de que ella estaría echando un vistazo a la cartera de Sthal. No para quitarle nada, eso no. Pero si la cartera estaba

exhausta, Ethel me abriría. De lo contrario, tendría que ir en busca de una llave maestra, ya que Sthal no daba señales de vida.

De improviso se produjo un grito espeluznante y sentí que se me erizaba el cabello.

Era Ethel la que había gritado.

Se produjo ruido de botellas y cristalería rotas, y siguió la caída de un cuerpo.

A continuación oí un gemido. Era Ethel la que gemía.

La animé como pude, diciéndole a media voz para no llamar la atención.

—Vamos, Ethel, abre. Yo te ayudaré.

Miré en torno, temeroso de que alguien hubiese escuchado el grito de la «Pelirroja».

No había asomado nadie, no se oía más ruido que el del ascensor que subía en aquel momento.

Me puse en guardia por si acaso. Pero el ascensor siguió, deteniéndose dos plantas más arriba.

Recibí la impresión de que Ethel se arrastraba. Al fin la oí llegar hasta la puerta.

La «Pelirroja» seguía gimiendo y suspirando y me daba la impresión de un perrillo apaleado.

La animé a media voz:

—Vamos, Ethel. Hay que ser valientes. Estoy yo aquí.

Abrió al fin. Se había puesto en pie apoyándose en la puerta; y apenas hubo abierto, tuve que recogerla en mis brazos para que no volviese a caer.

Estaba a medio vestir, con las escasas ropas revueltas y apestaba a *whisky*.

Su cuerpo fue sacudido por el hipo. Y volvió a gemir, exclamando:

—¡Está muerto! ¡Muerto!

Cerré la puerta.

En aquel momento, ella no pensaba ya en la flácida cartera de Sthal ni en el supuesto premio que yo había ganado. Ethel, a su manera, era una sentimental, tenía corazón.

Eché un vistazo al *living*.

Sthal había caído de un sillón y estaba tendido en una gruesa alfombra. Se mantenía boca arriba, tenía una botella vacía al

alcance de su mano derecha.

Y no había duda alguna de que estaba muerto.

Sus ropas ofrecían manchas de alcohol. Todo él apestaba a *whisky*.

En el primer momento no observé señal alguna de violencia. La cantidad de botellas que habían sido vaciadas me hizo pensar que podía haber muerto de un ataque cerebral producido por alcoholismo agudo.

Que me perdone, porque estaba muerto y muerto sigue; pero él era lo bastante bestia para que le sucediese una cosa así.

Ethel hipó, llamando nuevamente mi atención. Se había dejado caer en un sillón y presentaba un aspecto lamentable. No parecía la misma.

Pálida, ojerosa, el maquillaje corrido, lagrimeante, despeinada... Su espléndida figura parecía haber quedado reducida a la mitad, y a pesar de que mostraba bastante de sus intimidades, no incitaba al menor deseo.

Le ordené:

—Ve y dúchate. Puedes maquillarte de nuevo y peinarte. Y sobre todo, vístete.

Comenzó a llorar. El ataque de histerismo estaba próximo a estallar. Pero yo lo corté en seco abofeteándola. Luego la arrastré hasta la ducha, la dejé como la había echado su madre al mundo y le solté el agua fría.

Gritó insultándome. Pero poco después me abrazaba agradecida.

Tuve que ayudarla a secarse y a vestirse. Les aseguro que la traté como si ella fuese una hijita mía de dos años.

Mientras se maquillaba, preparé sendas tazas de café. Y luego, casi serena ya, fumando ambos, le pedí:

—Cuéntamelo todo.

Se pasó una mano por la frente y dijo:

—No recuerdo nada, Mark, te lo aseguro.

—No se atrevía a mirar hacia donde yacía Sthal. Y me preguntó:

—¿Es seguro que está muerto?

—Seguro.

—Parece imposible. Bebía mucho, pero aguantaba la bebida como nadie —afirmó con cierta admiración por el bebedor.

—Cuenta lo que recuerdes —insistió.

—Llevábamos tres días de diversión. Nos separamos solamente algunas horas en estos tres días. Yo tenía que acudir al estudio y él debía realizar algunas gestiones.

—¿Te habló de ellas?

—No. Ya sabes que no hablaba demasiado. Quiere decir, de sus problemas profesionales.

—¿Cómo estaba él?

—Alegre, excitado, particularmente ayer. Estaba como nunca y me aseguró que habría de pasar mucho tiempo antes de que se le terminasen los billetes.

—¿Qué sucedió anoche?

—Cenamos juntos. Habíamos bebidos antes, bebimos en la cena...

—Y bebisteis después.

—Si —confirmó ella.

—Pero eso era lo normal —dije yo—. Luego os vinisteis aquí, y os trajisteis algunas botellas.

—No trajimos ninguna. Estábamos hartos de beber y dijo que siempre quedaría alguna botella por aquí.

Dirigí una nueva mirada a la gran cantidad de botellas y al licor derramado. Y exclamé:

—¡Diablos! ¡Eso es bastante más que algo!

La pelirroja se encogió de hombros y dijo:

—No sé mucho más. Creo que bebimos un vaso; él me arrullaba en sus brazos... Yo me dormí, según creo...

—¿Vinisteis solos? —pregunté.

—Sí.

Tiré a boleo:

—Me informaron que os vieron con un tal Sandy Lodge.

Señaló en su rostro un gesto de repugnancia y preguntó:

—¿El pequeñajo ese?

—Sí, ese pequeñajo —confirmé.

—Voy recordando... Cenó con nosotros. Pero la fulana que iba con él le doblaba en estatura, bebió más de la cuenta y se puso patosa. Debieron reñir, porque estaban bailando y ella le escupió a él en la calva...

No pude evitarlo. Reí, imaginando la escena.

—Sandy se puso furioso y se la llevó. Dijo que la haría dormir y

que ya la civilizaría.

Hacía un par de minutos que me había fijado en una señal que Ethel llevaba en un brazo; la señal que deja una aguja hipodérmica. Se trataba de algo reciente, de horas.

Le pregunté inesperadamente, como si fuese un marido celoso:

—¿Es que aparte de todo lo otro, te inyectas ahora?

Comprendí que me había entendido perfectamente, porque dio un respingo, me miró asustada y se apresuró a responder:

—¡No, eso no, te doy mi palabra!

Estoy seguro de que no había mentido.

Ella misma divisó la señal y se la cubrió con una mano, a la vez que decía en tono de confesión:

—Sé que soy, pongamos, demasiado ligera. Que bebo como un cosaco... Y hasta he fumado marihuana dos veces. ¡Dos nada más! ¡Y no he querido más, te lo aseguro!

Descubrió la señal de la aguja y miró para ella con expresión de susto. E insistió:

—¡No hay nada de eso! ¡Te lo aseguro, te lo juro por lo que quieras!

—No es necesario que me jures nada. Sin embargo, te han inyectado no hace muchas horas.

Señalé nuevamente las botellas y vasos y pregunté:

—¿Es posible que Fred sacara tanto para vosotros dos?

Movió la cabeza en sentido negativo y respondió:

—Es cierto, no... Sacó una botella, yo lo vi. Y no creo que hubiese alguna más.

—¿No os acompañó nadie?

—Ya te dije que él me arrulló. Yo estaba cansada y es seguro que me dormí. Era una pesadilla que no recuerdo, no me encontraba bien...

Era una suerte que fuese recordando.

—¿Qué más? —apremié.

En su mirada brilló un destello que no le había visto hasta entonces.

—¡Tienes razón! —exclamó—. Sentí un leve pinchazo y hasta me pareció oír hablar a alguien. Puede que fuese el pequeñajo. Experimenté entonces un gran bienestar, algo dulce; y ya no me acuerdo de nada más. Hasta que desperté cuando tú llamaste.

Tragué saliva. Ya tenía algo, aunque era muy poco. Tuve la impresión de que le iba a tener que machacar la cabeza a Sandy Lodge. Entreví algo muy feo.

Me levanté y examiné detenidamente las partes visibles del cuerpo de Fred, en particular, los brazos. No me había equivocado. Había sido inyectado también.

¿Con qué lo habían inyectado? ¿Se había dejado inyectar o lo sorprendieron?

Fred no me podía responder, Ethel tampoco. Ella me había dicho ya todo lo que sabía.

El rostro de Fred ofrecía un aspecto extraño. Tal vez entre el alcohol, y lo que le habían inyectado, lo habían enviado al otro barrio por simple imprudencia, tal vez por ignorancia.

Me dije enseguida que no. Mediaba el asunto de la «Chemical Logan». Fred había dicho que lo tenía todo resuelto; y él en tales asuntos no solía mentir.

Me fijé en la expresión de los ojos de Fred, sobre todo, en la del izquierdo, el cual daba la impresión de que había quedado paralizado instantáneamente.

Palpé la cabeza de Fred por la parte correspondiente al parietal izquierdo; las yemas de mis dedos eran muy sensibles. Me hubiese debido dedicar a abrir cajas de caudales y tal vez no me habría visto envuelto en tantos líos. Y hasta tendría una importante cuenta corriente en algún Banco.

Encontré algo anormal. Aparté el escaso pelo y advertí una pequeña cicatriz, un punto que se había inflamado ligeramente y en el cual se había coagulado la sangre.

Ethel me miraba asustada, comprendiendo que yo había descubierto algo que se salía con mucho de lo normal.

—Habla, es mejor —me pidió con angustiada expresión...

—Lo han asesinado —respondí, seguro de lo que decía.

Ella lo esperaba, pero no pudo evitar el salto, el grito de protesta contra la bestialidad.

—¡Te juro que no sé nada de eso! —gimió.

—Estoy convencido de ello. Y para que no te enterases de nada, te durmieron antes.

Volví a realizar el examen y le informé:

—Le han atravesado con algo punzante el parietal izquierdo

hasta llegar a la masa encefálica. La muerte tuvo que ser instantánea. De no descubrirse esa huella, y con el aparato que han arreglado aquí, se podría pensar en un ataque cerebral producido por alcoholismo agudo.

Ethel se cubrió los ojos con ambas manos y preguntó, repitiendo una y otra vez su pregunta:

—¿Por qué? ¿Por qué...?

—No lo sé aún. Pero intentaré llegar al fondo de la cuestión. Lamento tener que decirte que Fred no siempre jugaba limpio y eso se paga caro en ocasiones.

Debo confesar que en aquella ocasión me falló el instinto, o el sexto sentido, como quieran.

No olfateé la muerte de lejos ni de cerca, tal vez porque la tenía demasiado próxima.

Llegaron en silencio, con movimientos sincronizados.

Me sentí encañonado por una pistola, sin posibilidad alguna de moverme.

Y por si yo intentaba algo, otra pistola apuntaba hacia la cabeza de Ethel.

CAPÍTULO V

El que habló lo hizo con voz mesurada, diciendo:

—Meter las narices en donde a uno no le importa, se suele pagar más caro aún.

Había hablado precisamente el que se había situado a mis espaldas.

No podía verle, pero experimentaba el contacto de la boca de fuego de su pistola justo en mi nuca.

El que encañonaba a Ethel era alto y bastante recio. Tenía aspecto de boxeador fracasado. Abundaba mucho ese tipo de fulanos en la pandilla de Guzik, así es que tuve claro ya de dónde partía el golpe, al menos, aquel golpe.

¿Me serviría de algo saber tal cosa?

Sin moverme, dije al que me amenazaba directamente:

—¿Qué haces que no disparas ya?

—Quiero que sufras un poco antes de morir. —Además, no quiero estropear esto. Costó bastante montarlo.

El hombre había respondido sin alterarse.

—No engañaréis a ningún forense —indiqué.

—Eso es cosa nuestra...

—¿Así, pues, vamos a dar un paseo? —pregunté.

—Justamente. Después del calor, se ha vuelto un aire fresco, agradable, que tonifica respirarlo.

—Lo tuyo es la cloaca, fulano. Es mejor que vuelvas a ella y tal vez conserves alguna posibilidad de arrastrar tu sucia barriga por ella durante unos años.

Me golpeó cerca de una oreja con el mismo cañón del arma. Fue algo rápido, que no me dio ocasión a nada. Percibí un dolor vivo, pero no me quejé.

Sin embargo, la cosa sirvió para enterarme de que el fulano llegaría a saltar si me lo proponía.

El que encañonaba a Ethel, propuso:

—No deberíamos perder tiempo. Déjame que le vuele los sesos de una vez. Ella se mantendrá calladita. ¿Verdad, pelirroja?

Observé que la pistola del boxeador fracasado llevaba ajustado silenciador.

El que se hallaba detrás de mi dijo secamente:

—Tenemos unas órdenes. Y hay que cumplirlas.

Apareció un tercer fulano. Éste era bajo, rechoncho. Tenía la mandíbula inferior muy desarrollada y los ojos excesivamente juntos. Su expresión era la de un tarado mental. Se podía apostar —sin miedo a perder—, a que lo era.

Al verme silbó y exclamó:

—¡Buena pieza, amigos! Vale un buen montón da dólares. El fulano es quien hizo la faena hoy a «Caracortada», y al «Champ» y a Lefty.

No estaba muy seguro de que el fulano pudiera entenderlo todo, pero le dije por si acaso:

—Tan pronto te eché el ojo encima me di cuenta de que tenías cara de cretino y estuve seguro de que eras un sucio chivato.

El fulano embistió de manera ciega, pero se vio frenado en seco por el boxeador fracasado que, sin dejar de apuntar a Ethel, le aplicó con el canto de la mano un seco golpe en el cuello.

El que estaba a mis espaldas ordenó a su vez:

—Quieto, Fuller.

—¡Le meteré un balazo en las tripas a ese fulano! He de verlo arrastrándose como un perro rabioso, pidiendo por favor que le maten.

Tuvo que contentarse por el momento con semejante desahogo.

El que estaba a mis espaldas dijo:

—De acuerdo. Te lo cederé cuando lleguemos al lugar. Pero antes de que lo balees, le meteré yo un plomo en una rodilla. Es un juego que me divierte, ya sabes.

Aquello pareció dar completa satisfacción al de los ojos juntos.

El boxeador fracasado acarició con su mano izquierda la cabellera de Ethel. La chica se estremeció asustada, al contacto de la mano del asesino.

El hombre dijo:

—Yo me encargaré de la pelirroja. Son mi debilidad. En donde

haya una pelirroja, que se quiten las demás. Si me quiere como ella sabe, puede que en adelante viva mejor, sin tener que trabajar.

Intervine:

—Dejad a la chica. Esto es cosa de hombres. Ella no sabe nada de este asunto. Y si sabe algo, lo olvidará. Vuestro enemigo soy yo.

—Tú la meciste en el lío —respondió el que se hallaba a mi espalda—. Nosotros hicimos las cosas para que ella pudiese ser testigo de que el fulano ese había sufrido un ataque a fuerza de trincar... Ahora, ella no tiene remedio.

Ethel me dirigió una mirada desesperada. No quería morir y yo lo comprendía perfectamente. Yo tampoco quería morir, pero trataba de disimularlo.

Le dije a la chica:

—Es una broma para asustarte, Ethel. Estos amigos tienen un sentido del humor un poco raro. Si hubiesen querido liquidarte, lo habrían hecho antes.

—Vamos a dejar la cháchara y en marcha.

La orden partió del que se hallaba a mis espaldas.

Demostraron que sabían realizar aquellos trabajos y no me ofrecieron la mínima oportunidad de fastidiarlos.

El *gangster* señaló la salida de emergencia, diciendo:

—Por allí. No intentes ninguna tontería. No niego que podrías tener una posibilidad entre mil. Pero ella lo pagaría más caro. Y tú no puedes hacer eso.

Respondí:

—Tienes razón, no la puedo abandonar. Esas granujadas quedan para la gente de vuestra calaña.

El boxeador fracasado dijo, después de mirarme fijamente:

—Ese fulano sabe cosas. Deberíamos llevarlo al jefe.

En mi interior agradecí su intervención. Era prolongar mi vida. Prolongar una vida es ofrecerle ciertas esperanzas.

Pero el que hacía de jefe no se dejó convencer y respondió:

—Lo que él pueda saber lo sé yo también. En marcha.

Pasamos a la escalera para los casos de incendio.

Descendió delante el fulano de la cara de cretino. Tenía movimientos de simio.

Antes de iniciar el descenso unió una de sus muñecas a uno de mis tobillos por medio de esposas.

Bromeó:

—En el peor de los casos, haremos la entrada en el infierno juntos, como buenos amigos.

Era hábil el fulano en aquella clase de faenas, sin darme una sola posibilidad, tirando de mí continuamente. El trabajo le divertía y parecía olvidado ya de su enfado conmigo.

Advertí que según descendíamos, él último de los granujas iba borrando toda clase de huellas.

Ethel no cayó en dos ocasiones por verdadero milagro y porque se vio aferrada por el pelo. En ambas ocasiones lo dijeron en plan burlón:

—Aquí, no, pelirroja. Se pondría la calle perdida y los del servicio de limpieza protestan luego.

Nos aguardaba un automóvil. Una vez en él, dijeron:

—Lo tuyo será un suicidio. Algo romántico, ¿comprendes? No has podido soportar el dolor que te ha producido la muerte de tu amigo.

Había hablado, el jefe de los tres, al cual llamaron Caleb en una ocasión.

Hudkins, el del aspecto de boxeador fracasado, se colocó al volante.

Me obligaron a situarme en una banqueta y a Ethel la hicieron sentar en la otra banqueta, a mi lado.

Detrás de nosotros, con las pistolas preparadas, se situaron Caleb y Fuller.

Ethel quedaba detrás de Hudkins. Además, quedábamos separados de él por un grueso cristal.

Pretendían evitar que en un momento de desesperación pudiésemos provocar un accidente, aunque no fuese más que para morir matando.

No me conocían bien. Por mi parte estaba dispuesto a matar, pero sin morir. Eso de morir era lo último que pensaba hacer en mi vida, y lo quería llevar a cabo tranquilamente en una buena cama, rodeado de mis nietos. Ya saben que no me gustan los líos.

El automóvil marchó veloz.

Hudkins demostró que conocía su obligación llevándonos por lugares poco frecuentados, en donde resultaba difícil que se produjesen taponamientos.

Alcanzó velocidades prohibitivas en ciertos lugares, pero marchó siempre con seguridad.

Aspiramos el aire húmedo que corría junto al Hudson. Nos habían sacado a la «Riverside Drive».

Abandonamos la carretera principal y por una enarenada pista abierta entre árboles llegamos hasta la misma orilla del río, a un viejo embarcadero abandonado, cuyo maderamen se hallaba medio carcomido.

El lugar ideal para dejarse uno la pelleja, sí, señor.

Al lado del embarcadero había una chabola, pero se advertía que estaba abandonada hacía tiempo.

Hudkins detuvo el vehículo y se mostró sonriente cuando volvió su rostro hacia nosotros.

—Terminó el paseo —anunció.

Ethel se había dejado sus cosas en casa de Sthal. Caleb se explicó con excelente humor, diciendo:

—Ella salió desesperada de allí al ver a su amigo muerto. Vagó algunas horas por ahí y, al fin, se suicidó arrojándose al río.

Decididamente, aquello era escoria de la peor.

—Olvidas algo —dije yo fríamente.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—A la señal de la aguja hipodérmica en el brazo. Además, todos los que la conocen declararán que Ethel era de la clase de personas que no se suicidan.

Hudkins, que había echado pie a tierra, intervino para decir:

—Dejádmela a mí. Yo la arreglaré a mi manera y luego, que digan lo que quieran.

Le dirigió una mirada codiciosa, alargando la mano para acariciar su cabellera. Ethel se retiró espantada.

Caleb respondió, imponiendo su autoridad:

—Cobras para obedecer unas órdenes, Hud. Nosotros encontraremos quienes declararán que ella se inyectaba últimamente. Además, lo de Sthal la trastornó. Estaba loca por él...

Hudkins señaló en su feo rostro una mueca de desagrado, pero hubo de aceptar aquello.

Caleb siguió diciendo:

—Seamos galantes. Las chicas delante. Vamos, pelirroja.

Fuller, que se encargaba de ella, la empujó después que Hudkins

hubo abierto la portezuela.

El granuja del boxeador fracasado dirigió una codiciosa mirada a las piernas de la pelirroja. Ella las tiene sensacionales, de verdad, y comprendí que el fulano se aturdiera y maldijera por lo bajo a Caleb, que le impedía la diversión.

La tomó de una mano, tiró de ella y dijo:

—Adelante, muchacha. Te voy a querer mucho.

Hudkins puso su mano izquierda en el cuello de la pelirroja. Vi que Ethel se encogía instintivamente.

El boxeador fracasado, mientras la acariciaba con una mano, levantó la otra armada del revólver.

La dejaría fuera de combate de un golpe y la arrojaría a las pestilentes aguas. Ella no volvería más en sí.

Percibí la presión del arma de Caleb sobre mi nuca, por si yo intentaba una hombrada.

Y aquél fue su gran error. Yo sabía exactamente en dónde estaba el arma que me amenazaba.

Los ojillos de Fuller, plenos de crueldad, seguían atentamente la escena entre Hudkins y Ethel. El sádico cretino estaba disfrutando lo indecible con aquella muerte inminente.

No podría explicarles cómo lo hice. Sé que me escurrí rápido en la banqueta a la vez que me ladeaba, dejando de percibir el contacto del arma.

Se produjo el disparo y recibí la impresión de que me reventaban los oídos y volaba mi cabeza.

Salí como impulsado por un resorte, con los pies por delante.

Había percibido un quemazo en la oreja. Pero la bala le dio de lleno a Hudkins, quien dio una aparatosa voltereta ante la contundencia del impacto.

La voltereta lo apartó de mi trayectoria y choqué violentamente contra Ethel, la cual gritó al ser derribada por mí.

Y ambos caímos al suelo formando revoltijo mientras que se producía un segundo disparo que me rozó el cuero cabelludo.

Di una aparatosa voltereta y recogí la pistola que había dejado caer Hudkins. Él no la necesitaba ya.

Mi primer disparo se lo metí por la nariz a Fuller, que cayó hacia atrás, estorbando la agresiva acción de Caleb.

El segundo disparo se lo metí a Caleb en las tripas cuando

apartaba a Fuller para poder tirar.

Se le escapó la pistola de las manos y cayó de bruces, quedando con medio cuerpo colgando fuera del coche. Gimió, me miró con ojos rebosantes de impotente ira y realizó un esfuerzo por alcanzar la pistola, que había quedado casi al alcance de su mano.

Salté como un rayo, le pisoteé la mano y aulló de dolor.

Recordé la manera como había sido asesinado Fred, lo que habían estado a punto de hacer con nosotros y disparé uno de mis pies, estrelládoselo en la boca.

Le saltaron tres dientes y sangró abundantemente.

Volvió a gemir y me pidió:

—¡Por favor, mátame! Me arde todo por dentro. Esto no se puede resistir...

Le pregunté con sangrienta ironía:

—¿No era precisamente eso lo que me reservaba Fuller? ¿Tú mismo no pediste el número uno para destrozarme una rodilla de un balazo? ¿No resultaba divertido?

—¡Por favor...!

—Ethel se había sentado, había cerrado los ojos y se tapaba los oídos con ambas manos. No quería ver ni oír.

—¡Mátame! Esto no se puede aguantar, te lo juro...

Se le podía creer por el gesto de rabioso dolor que deformaba su rostro, tan sonriente minutos antes.

—¿Por qué asesinasteis a Fred Sthal? —pregunté.

—Mátame por tu madre, por quien más quieras.

—Ya sabes cuál es el precio. Habla o te hago un agujero en la rodilla. Lo que tú querías para mí.

Realizó un esfuerzo. Le costaba trabajo hablar, no ya por la herida del vientre, sino por el golpe que había recibido en la boca. Las palabras le salían silbantes.

—¡Se apoderó de algo...! Quería hacer chantaje al jefe... Lo pillamos embriagado o dopado, te lo aseguro, Y nos engañó...

Aquello sonaba a extraño, pero daba la impresión de que no mentía.

—¿Lo matasteis entonces? —pregunté.

—No. Comprendimos que a él lo habían burlado. Quisimos saber quién era, y se nos fue de la mano. Entonces lo preparamos todo para que se creyese que había muerto de un ataque.

—¿Quién lo hizo?

—«El Doc»... Buscamos por todos sitios, no encontramos nada y pensamos hacer un registro a fondo en la casa. Fue entonces cuando te vimos entrar.

—Tardasteis en subir.

—Consulté con el jefe, por si podías ser tú el que había engañado a Sthal. Quedó claro que no habías tenido ocasión... Pero nos olimos que terminarías por saber demasiado. Y el jefe dio la orden de suprimiros...

Hizo un gesto horroroso; y no fue capaz de decir palabra. No hablaría más ya, porque había muerto.

No era mucho lo que había conseguido, pero había ganado bastante terreno. Y sobre todo, había terminado con tres alimañas.

Saqué el cuerpo de Fuller del automóvil.

Limpié lo mejor que pude la sangre, sobre todo, lo que podía resultar visible desde fuera.

Tomé a Ethel en mis brazos, porque se sentía incapaz de moverse, y la senté a mi lado.

Ella no podía creer aún que estábamos vivos. Estaba convencida de que una vez muerta se podía soñar todo aquello.

Por mi parte no tenía tiempo de sacarla de su error.

Puse el «sedán» en marcha, sacándolo del desagradable lugar. El automóvil respondió magistralmente a nuestro regreso.

CAPÍTULO VI

Fuimos directamente al departamento de Fred. El portero bizqueó al vernos entrar, pero no hizo pregunta alguna.

Una vez arriba pudimos descubrir que todo seguía igual.

Recogimos todo lo que Ethel había llevado con ella y aprovechamos para asearnos un poco.

La llevé seguidamente a su departamento y la ayudé a hacer las maletas.

Finalmente la dejé en el ferrocarril que debía llevarla a Miami.

La «Pelirroja» puso el dinero de sus ahorros, que no estaban mal. Yo le auguré que unas vacaciones le sentarían magníficamente, puesto que en Miami no encontraría a nadie de la pandilla de Guzik.

A mí me sentaría estupendo que se largase. Era una preocupación menos a mi cargo.

Recordé que debía ir a cenar y a bailar la rumba con Marion. No estaba seguro de que podría disponer de tiempo para ello. Como fuese, no estaba presentable y decidí ir a mi apartamento a cambiar de ropa.

Necesitaba pensar. Tal vez eso lo podría hacer mientras cenaba y bailaba con Marion.

Apenas llegué a mi apartamento, sonó el timbre telefónico.

En mi mente casi no cabía en aquel momento más imagen que la del sensacional jersey y de la ceñida falda de Marion, con ella dentro. Bueno, también estaban allí las piernas y su mirada, así como los hoyuelos que se formaban en sus mejillas cuando sonreía.

En algunos momentos quedaba borrada y se presentaba en mi mente la imagen de Fred, muerto. Pero realizaba un esfuerzo y la ahuyentaba.

Tararéé la rumba mientras tomaba el tubo del micro-auricular en la mano.

Marion había quedado en llamarme aproximadamente a aquella hora, para concretar y para darme cuenta de las novedades que se pudiesen haber producido.

Era una dulce voz femenina la que preguntó:

—¿Mark?

—El mismo, encanto. No he hecho otra cosa que pensar en ti. Será cuestión de media hora el que esté a tu lado.

Después de hablar, percibí una especie de choque interior. Ya estaban otra vez frente a frente el consciente y el subconsciente.

Aquello podía ser la neurosis, pero eso no me alarmaba. Una neurosis significaría unas vacaciones, el descanso, el cese de los líos. Naturalmente, me llevaría a mi portento.

En mi subconsciente vivía Marion. Y Lo hubiese calificado como la llamada de la selva, pero en civilizado, con refinamientos.

Pero el consciente captó que la voz femenina no era la de Marion, sino la de Irma, que me llamaba desde mi despacho. Ésa era la verdad.

Irma me decía en aquel momento con refinada coquetería:

—Mi marido está al aparato supletorio. Me complace que se haya convencido de que tú y yo nos amamos locamente. Se lo dije y no me quiso creer. Él es así de cretino. Quiere que te encargues de demostrar mi infidelidad conyugal. Asegura que tratándose de ti, no te resultará difícil. Todo quedará entre nosotros y resultará más económico.

Me sentía anonadado. Pero me repuse enseguida y le respondí:

—Engañaile con él mismo, encanto, y así os resultará más barato aún. Te dije que había otra mujer. ¿Qué hay de Lawson?

Me respondió irritada:

—¡Lleva una vida impecable! ¡Al revés que algunos que presumen mucho!

—De acuerdo.

Antes de que pudiese responderme ella, se oyó la voz de su marido, diciendo:

—Escuche, Power, quiero ser su cliente. Necesito pruebas de la infidelidad de mi mujer.

—¿Le es infiel? —pregunté.

—No lo sé, pero me da lo mismo. Necesito esas pruebas.

—Haga una cosa. Se van juntos a un hotel, se inscriben con

diferente nombre y luego se dejan sorprender en la misma habitación por el detective del hotel. Con eso habrá bastante —asesoré.

—¡Es una idea genial! ¡Digna de usted! —exclamó el hombre, admirado.

—Pues deposite en mi cuenta corriente cien dólares. Es el precio de mi trabajo.

—¡Pero si no ha hecho usted nada!

—He registrado nuestra conversación en cinta magnetofónica. Haga lo que le diga y no sea tacaño, o lo demandaré. Le saldrá más barato si sigue mi consejo.

—Pero... —Trató de objetar.

—De lo contrario tomaré a su esposa como cliente y lo rechazaré a usted.

—¡No haga eso, por favor! Depositaré los cien dólares.

Durante nuestra breve conversación oí resoplar a Irma varias veces. Al fin gritó:

—¿Es que yo no cuento para nada?

—Ya has podido apreciar que sí. Haz lo que he dicho y todo quedará solucionado —respondí.

—Quiero engañarlo contigo, ¿me oyes? —gritó, exasperada.

—Lo siento, nena, pero hoy es imposible. Estoy citado para bailar la rumba con la otra.

Volvió a resoplar y dijo seguidamente:

—¡Pues la vas a tener que bailar con, el capitán Talbot! Me dio orden de que te presentases a él tan pronto te echase la vista encima.

—De acuerdo; pero es que no me has echado aún la vista encima y dudo que lo consigas por ahora. Iré a bailar a otro sitio cualquiera.

—¡Te encontraré aunque te escondas como las ratas! ¡Y no será la vista, sino las manos, las que te echaré al cuello!

—Voy a intentar hablarte en serio, nena. La gente de Guzik no tardará en aparecer por ahí. No creo que te trate nada bien si te encuentra, y lo mismo le sucederá a tu marido. Lárgate con él. Estás hecha para el hogar y ya no sirves para secretaria.

—¡No me digas! ¡Bailo la rumba mejor que antes!

Comprendía perfectamente lo que le sucedía, pero no podía ni

debía ceder y proseguí seriamente:

—Llevo una caricia de pistola junto a la oreja y dos roces de bala. Sthal ha sido asesinado. He tenido que enviar fuera a su pelirroja para que no terminen con ella; faltó poco para que lo consiguieran...

Irma, a pesar de ser un bombón y de haberse casado con aquel cretino de mi cliente, era inteligente también. Comprendió que yo le hablaba completamente en serio.

Siguió un silencio tenso.

Percibí la respiración angustiada del marido de Irma. Estoy seguro de que el hombre sudaba. Estaba impresionado y en aquel momento volvía a querer a Irma.

Añadí para dar un cuadro más exacto de la situación:

—He tenido que dejar tendidos a tres fulanos. Tal vez pueda demostrar que lo hice en defensa propia.

Irma llegó a sentirse fuertemente impresionada. No me lo dijo, pero yo lo percibía. Respondió sumisa:

—Quiero ayudarte, Mark. Sé que me necesitas.

—La mejor ayuda que me puedes prestar es que te largues con tu marido a Reno. Tal vez el espectáculo del divorcio os haga cambiar de idea. Y por lo menos, viviréis una nueva luna de miel. Suerte y que no olvide tu marido ingresar los cien dólares en mi cuenta.

Colgué, sin aguardar respuesta. En aquella ocasión, más que en su inteligencia confié en su instinto de conservación.

Apenas si habíamos interrumpido nuestra comunicación, cuando volvió a repiquetear el timbre telefónico.

—¡Ya la tengo ahí!

Pensaba en Marion. Descolgué y exclamé:

—¡Hola, encanto! Era un cliente pelma, pero estaré enseguida a tu lado.

Me respondió una voz masculina:

—En la portería de su casa han dejado un sobre. En él hay un resguardo. Retire de la casilla a que corresponde los diez mil dólares y los dos billetes de avión hasta Los Ángeles...

—No me va aquel clima, Lawson...

—Yo sé que sí le va. Le convienen unas vacaciones. Debe cuidar su neurosis. Llévase a su chica y que tengan una feliz luna de miel.

Para ella también será muy sano.

—Gracias. ¿Algo más?

—Usted conoce de sobra a mis amigos. Me está costando sujetarlos.

—De acuerdo. ¿Alguna cosa más que señalar?

Conociendo bien a Lawson, estaba claro que mi manera de proceder le estaba desconcertando.

Él siguió:

—Le aconsejo que no se entreviste con Talbot. Aparte de que le retirará la licencia profesional y la de armas, puede que le cuelguen unos asesinatos. Y eso siempre resulta molesto.

—Gracias otra vez, Lawson. Usted demostró siempre que es un buen amigo mío, y le haré caso.

—Aunque usted no lo crea, soy un buen amigo suyo y le admiro. Sin embargo, Guzik le tiene manía a usted.

—Guzik me da lástima. Es un pobre despechado y por eso me odia. Usted tampoco le debe hacer demasiado caso, Lawson. En fin, mis saludos a Lidia. Supongo que seguirá tan sugestiva como siempre.

No pudo resistir y soltó un taco ahogado. Antes de que dijese nada más, enhorquillé el tubo telefónico.

Lawson me conocía bastante, tenía sobrados motivos para ello. Por mi parte, conocía muchos de sus trucos. En cuanto a Lidia, ya hablaremos de ella. Ahora me estoy oliendo que Lawson trataba de entretenerme y no debo perder tiempo.

Me asomé a la ventana de mi apartamento; no me gustó nada el aspecto que ofrecía la calle, tranquila en apariencia.

Sucedió algo semejante cuando asomé a la escalera de emergencia para casos de incendio.

Estaba cercado; y de verdad que lamenté no tener un mal helicóptero del cual echar mano.

Volví a la ventana. Había escuchado la sirena de una ambulancia.

La vi detenerse. De ella saltaron rápidamente dos hombres, portando una camilla; les escoltaban otros dos. Entraron en el portal.

Lawson y Guzik tenían tales delicadezas. Le enviaban a uno la ambulancia y la asistencia sanitaria antes de que uno las necesitase.

Precavidos, ¿no?

Los de la camilla no harían caso alguno del portero cuando éste les asegurase que mi salud era excelente. El portero era bastante sugestionable y los dejaría pasar.

Y con aquellos fulanos era lo más razonable. Pertenecían a una clase de sanitarios que manejaban las píldoras de plomo sin regateos.

Escuché el ruido del ascensor, que subía.

Jamás se encuentra uno tan sólo ni tan desvalido como en una gran ciudad, particularmente, cuando la policía le ha retirado a uno su confianza.

Y ni siquiera me quedaba tiempo de telefonear a Marion para advertirle que debía irme a bailar algo que no sería precisamente una rumba, sino algo muy dislocado y con unos fulanos que no me caían nada simpáticos.

CAPÍTULO VII

Salí tomando mis precauciones.

No había nadie aún. El ascensor, apenas si le faltarían tres pisos para llegar al mío.

¿Debería desencadenar la batalla allí mismo?

Calculé. Teniendo suerte podría eliminar a tres o cuatro de ellos, pero al final me aplastarían.

Mark Power no había más que uno en circulación y ése era yo. Cuando me eliminasen, habría terminada todo para mí.

Y precisamente me había comprometido para ir a cenar y a bailar la rumba con Marion.

No podía fallar. Aquella noche u otra, pero debía ir. Fallar sería decepcionarla. Ella era muy joven y si la decepcionaba perdería su fe en los hombres y eso no está ni medio bien.

Apenas faltaban ya un par de pisos al ascensor para ponerse a mi nivel. Y decidí evitar que no lo consiguiese. Ignoro cómo se me ocurrió; pero lo hice, y con bastante rapidez.

Produje un cortocircuito, vino el apagón y el ascensor quedó encajado entre dos pisos.

Siguió una serie de rugidos, golpes y maldiciones. Las maldiciones las decían en irlandés y en italiano. Lawson reclutaba su gente preferentemente entre irlandeses e italianos y, por lo mismo, no me extrañó la cosa.

Después del apagón subí a pie hasta lo más alto del edificio, salí a la azotea y me deslicé rápido por ella.

Hasta allá arriba llegaban confundidos los mil ruidos de la ciudad. Pero lo mío en aquel momento era correr y lo hice bien.

Salté al edificio siguiente y luego al otro. Hice correr a dos gatos que estaban peleando.

Más adelante estuve a punto de caer sobre una pareja de novios que estaban en otra azotea. Éstos no estaban peleando.

Me excusé sin detenerme siquiera a mirar, y eso que recibí la impresión de que la chica valía la pena.

La puerta que daba a la escalera estaba abierta. Tuve suerte, porque el ascensor estaba en la planta más alta y me recogió. Saqué un billete que alargué al ascensorista. Su mirada de recelo, al ver el billete, se trocó en una sonrisa de comprensión.

Está claro que le había resultado simpático. Me atreví a pedirle:

—A toda prisa hasta la planta baja. No me ha visto.

—Naturalmente que no le he visto, señor. Usted interpuso un papel entre los dos y yo no pude ver nada.

Chico inteligente, ¿verdad? Me llegó a conmovir y cuando llegamos a la planta baja le alargué otro billete. Se lo había ganado.

Había salido a otra calle de la misma manzana. Me alejé rápido, metiéndome en el primer teléfono público que encontré. Desde allí telefoneé a mi oficina.

No me respondieron y me alegré.

Llamé seguidamente a Marion. No estaba enfadada. Y le pedí:

—Trasládate a casa de cualquier amiga. No te entretengas ni me hagas preguntas. ¿Alguna novedad?

—Sé que has ido con una pelirroja.

—¿Qué tal Logan?

—Él es una persona decente, entérate de una vez.

—Alguna tiene que quedar. Hasta mañana, cariño...

—¡Pero...! —Intentó oponer.

—Debes tener fe en mí, aunque vaya con pelirrojas. Yo también soy una persona decente. Recuerda lo de hoy en el muelle, y hazme caso. Han sucedido cosas bastante más graves.

Logré impresionarla.

—Sí...

—Si ves a Logan le comunicas que han asesinado a Sthal, posiblemente porque había resuelto el caso a su manera. Pero nada de comentarios con nadie.

Colgué.

Le había dicho lo del asesinato de Sthal para que comprendiese que no cabían bromas y que no se podía dormir uno.

Abandoné el teléfono público. Todo marchaba normal en la calle, como si nada hubiese sucedido.

Debía localizar a Sandy Lodge. Era el hombre que, según mi

parecer, poseía la clave.

Estaba convencido de que habría cambiado de domicilio desde aquella ocasión en que había intentado venderle los extintores.

No se me había ocurrido preguntárselo a Ethel, y no podía imaginar que estuviese en la Guía telefónica. Si hubiese una guía de granujas, entonces no habría existido problema. Pero no se editan guías de ésas, a pesar de lo necesarias que son.

Experimenté no poca perplejidad.

En cuanto a su amiga Claire, la patosa, no resultaría fácil localizarla con aquellas señas. Ni siquiera se me había ocurrido preguntarle a Ethel el establecimiento en donde Claire había escupido en la cabeza a Sandy.

Si me hubiese preocupado del detalle tal vez la habría podido localizar y por ella habría sacado al otro.

Podía recurrir al capitán Talbot o a Lawson. Cada uno de ellos era amigo mío a su manera.

Naturalmente, si recurría a los dos, podía resultar mejor. Y decidí comenzar por Talbot.

Entré en otro teléfono público y una vez logré comunicación con Talbot, le pregunté con expresión de inocencia:

—¿Quería hablar conmigo, capitán Talbot? Soy Mark Power.

Gritó, haciendo vibrar el aparato:

—¡Preséntese inmediatamente aquí y entrégueme su licencia, el arma, la licencia del arma...!

Siguió vociferando. Escuché verdaderas barbaridades que no debo transcribir. Otras no las escuché, y si las escuché, no las entendí.

Talbot es buena persona, y cuando se pone así, no se le debe hacer caso. Hay que dejarlo, que se desahogue. No podía ignorar yo que él estaba sujeto a fuertes presiones que le llegaban de arriba.

Lawson era más influyente cada vez, y las elecciones estaban demasiado cerca.

Cuando hubo terminado Talbot, resopló fuerte. Era lo corriente. Había sucedido ya en otras ocasiones.

Entonces hice mi pregunta:

—¿Puedo hablar, capitán?

—¡Venga y entréguese por asesino! ¡Y ya hablaremos entonces!

—Yo le tengo por un hombre inteligente, capitán. Demuéstreme

que lo es. Puede hacer creer a Lawson, a Prestley, a Sherman y a todos los del equipo, que ha dado la orden a su gente para que me cacen como sea, allá en donde me encuentren.

—¡Es que he dado esa orden! —chilló aún.

—Magnífico, capitán. Cuanto más sensación de realismo demos, mejor. Puede decir a su gente que me he dejado bigote y me he teñido el pelo de rojo.

Talbot me conocía y sabía que cuando yo bromeaba era porque tenía que ofrecerle algo que le interesaba. Gruñó en tono bajo:

—Diga lo que sea.

—Han asesinado a Fred Sthal, aunque tratan de hacer pasar la cosa como un ataque cerebral por alcoholismo agudo.

No le oí respirar siquiera. Era buena señal.

—Sthal está en su casa. El tinglado lo montaron bastante bien.

Le di una explicación muy somera, pero suficiente para que con ayuda del forense tuviesen la cosa clara.

—¿Por qué lo asesinaron, Mark? —preguntó.

Cuando me llamaba por mi nombre de pila quería decir que la cosa iba bien.

—No lo sé aún. Sospecho que encontró algo y trató de hacerle chantaje a Lawson.

Estoy seguro de que el hombre sudaba en aquel momento. Al fin dijo, con un hilo de voz:

—Pero si no tengo pruebas concluyentes, no me puedo meter con él. ¿Qué más quisiera yo?

Le hablé entonces como si fuese su superior y estuviese a mis órdenes, diciendo:

—Tengo confianza en usted, Talbot. Deben ir por el cuerpo de Sthal, hacer como que se tragan la píldora que han preparado; y mientras, el forense que haga comprobaciones.

—No es mala idea.

Advertí que estaba preocupado.

Yo seguí diciendo:

—Ellos vigilarán los movimientos de ustedes y se despreocuparán un tanto de mí. Confiarán además en que su gente me ametrallará cuando me eche la vista encima.

—Así es... —concedió.

La cosa me dio un poco de frío; pero yo estaba dispuesto a que

no me viesen y si me veían no pensaba resistirme. Seguí diciendo:

—Si llegan a enterarse ustedes de que con Sthal se hallaba una mujer, no den un solo paso por encontrarla. Saldrá en el momento oportuno para servir como testigo.

No protestó. En cambio dijo:

—¡Ha matado usted a tres honrados ciudadanos!

—¿Se refiere a Caleb, Fuller y Hudkins?

Pareció escandalizado y exclamó:

—¡Naturalmente! ¿O es que ha limpiado a unos cuantos más?

—Por el momento únicamente a éstos, aunque otros hicieron serias oposiciones a que los barriera. ¿Quién me ha denunciado?

—Un guardamuelles que lo vio todo. Reside en una cabaña desvencijada, regresaba a ella y se escondió para que no le diese usted caza también a él.

Mi leve risa molestó a Talbot, aunque fue capaz de disimularlo.

Aconsejé a Talbot:

—Averigüen el pasado de ese guardamuelles. Y también el de los otros tres. Eran unos pistoleros. Presentaré testigo de que obré en defensa propia.

Le oí suspirar. Luego dijo:

—No doy diez centavos por su piel. Ni cinco porque yo logre conservar el cargo.

—Se cubrirá de gloria, Talbot. Le ascenderán. Siempre que trabajó a mi lado, ganó algo.

Volvió a suspirar y respondió:

—Cierto, muchacho. Hasta gané un balazo. El único de mi carrera.

—Eso le honra, capitán Talbot. Se portó usted como lo que es; como un valiente.

Adquirí el convencimiento de que en aquel momento aumentó su volumen lo menos en un metro cúbico.

Pregunté:

—¿Cómo fue que me reconoció ese guardamuelles?

—Ha visto fotografías suyas varias veces en la Prensa. Usted actúa, digamos a lo bestia, y eso da cierta popularidad, le conoce ya demasiada gente.

—Aquello estaba más bien oscuro, capitán Talbot. No diga nada por el momento para que no sospechen, pero llegará la ocasión de

apretar de cuentas a ese fulano.

—Está bien. ¿Por qué no siguió vendiendo extintores? Para mí resultaba más tranquilizador —dijo con voz cansada.

—Si la conociese a ella, lo comprendería —respondí.

—¡Pero usted aseguró que no quería más líos!

—Cuando termine con esto me casaré con ella y me retiraré. Y usted quedará tranquilo.

—Quisiera creerle.

—¡Créame, capitán! Ella posee un precioso jersey.

¡Pero es que el relleno es como para desmayarse!

Silbé con expresión admirativa y colgué el tubo telefónico sin dar ocasión a que me respondiese. Por mi parte, estaba seguro de que él se habría desplomado en su sillón y se estaría secando el sudor.

Había estado demasiado tiempo en aquella cabina y la abandoné.

Busque otro teléfono público que estaba relativamente cercano a la casa en donde residía Lawson.

Le llamé por teléfono. Respondió una voz femenina, pero cuando me di a conocer, tomó Lawson inmediatamente el aparato y me preguntó:

—¿Es que no se ha largado aún?

—Voy camino del aeropuerto. Pero me he enterado de algo que le interesará saber. Una buena noticia para usted. Quedamos en que somos buenos amigos, ¿no?

—¡Naturalmente! —respondió con todo su cinismo.

Había resoplado y dio órdenes en voz baja. Yo proseguí:

—No quiero largarme sin dársela. Fred Sthal ha muerto de un ataque cerebral. Es lo que trae el abuso del alcohol...

Fingió que intentaba recordar.

—¿Fred Sthal? Me suena el nombre, pero la verdad es que en este momento no puedo localizar en mi memoria al individuo.

—Lo recordará enseguida. Él estaba tratando de hacerle chantaje a usted. Ahora puede respirar tranquilo ya, amigo Lawson. ¡Hasta la vuelta y gracias por todas sus bondades!

Colgué y hube de sujetarme la tripa. De verdad que me estaba divirtiendo como nunca.

Pero el panorama iba a cambiar. Lo que seguiría no podía ser

tan divertido.

Marché a estacionarme cerca del gimnasio de Frank Guzik. Una de las cosas que le servían de tapadera era precisamente aquélla: Preparación de boxeadores.

Los discípulos de Guzik solían ser más diestros en el manejo de la pistola y el rompecabezas, que en el de los puños. Lo primero les resultaba más efectivo.

Algunos conocían bien ciertos golpes de judo que resultaban mortales. Guzik, además de ambicioso, era un diestro profesor. Y tenía un buen consejero: «El Doc».

Guzik ambicionaba desbancar a Lawson. Éste no lo ignoraba, pero se reía.

No se podía decir que Guzik fuese un superdotado en lo que a inteligencia se refería. Pero contaba con la inteligencia del «Doc». Sin embargo, «El Doc» bebía con exceso, lo cual mermaba sus facultades. Y podía sufrir fácilmente un ataque semejante al que había terminado con la vida de Sthal.

Observé que había bastante movimiento en el gimnasio. Mejor dicho, en poco tiempo salió bastante gente de él. Era lo que yo esperaba.

Aquello quería decir que a Lawson no le llegaba la camisa al cuerpo, como vulgarmente se dice.

La orden de caza contra un servidor, estaba dada. No podían imaginar que me tenían tan cerca. Aquél era tal vez uno de los lugares más seguros de la ciudad para mí.

Empleé algún tiempo en estudiar las posibilidades que tenía para entrar en el local del gimnasio, y las que tendría para salir. Éstas debían ser mínimas, porque debería contar con que la gente que estuviese dentro se empeñaría en impedirlo.

Cuando me iba a decidir a entrar, bajaron dos «gorilas» de un automóvil que se había detenido a la puerta del gimnasio, una puerta destinada a las visitas de cierta calidad.

Detrás de los «gorilas» bajó una mujer imponente. La reconocí enseguida por la descripción que de ella me había hecho Ethel. Era Claire, la amiga de Sandy Lodge.

Seguramente habían ido a buscarla creyendo que tendrían que llevarla a la fuerza, pero me dio la impresión de que ella era de las que no querían líos y los había seguido de buen grado.

Se contoneó al entrar, moviendo las caderas de manera un tanto exagerada. Los gorilas se habían quedado bizcos cuando ella se apeó del automóvil y dejó ver una buena ración de sus magníficas piernas.

Apenas si habrían transcurrido diez minutos desde que había entrado el trío, cuando salieron nuevamente los «gorilas», que ocuparon el coche y se alejaron.

El fulano que guardaba la puerta fue llamado desde dentro.

Se presentaba para mí una ocasión mejor que tener que llevar a cabo un escalamiento, y entré. Resultó fácil, muy fácil.

No soy pesimista, pero pensé que la salida no me resultaría tan fácil.

Tal como había imaginado, con mis trucos había sido capaz de movilizar a toda la gente. No había ningún pugilista entrenándose. Salvo raras excepciones, las luces estaban apagadas.

Percibí dos voces masculinas y una femenina. La conversación era amigable. La mujer era la que llevaba la batuta. Los hombres reían, parecían muy divertidos.

Con toda seguridad que ella contaba alguna de sus aventuras con el pequeñajo de Sandy Lodge. Posiblemente les hablaba de cuando le escupió en la calva.

Busqué un lugar desde el que poder escucharles.

No me había equivocado. Ella refería aquel episodio y tanto Guzik como el «Doc» reían divertidos.

Mi sexto sentido me advirtió en aquel momento da que había sido descubierto pese a la oscuridad y a mi habilidad.

Alguien avanzaba quedamente a mis espaldas, conteniendo la respiración.

Estaba abocado al fracaso aun en el caso de que pudiera escapar del lugar. Para mí había quedado claro que los «gorilas» que habían traído a Claire, habían ido en busca de Sandy. Éste era dueño de lo que podía servir para extorsionar o inmovilizar a Lawson.

Si se apoderaban de ello y Lawson volvía a sentirse seguro, yo podía dar la partida por perdida y emigrar a los antípodas.

El fulano que me había descubierto debía estar a una yarda escasa de mi persona.

CAPÍTULO VIII

Volví a percibir el fétido aliento de la Parca y hasta me vi bailando una trágica rumba con ella.

Posiblemente en aquel instante, mi enemigo se afianzaba bien sobre sus pies para descargar el golpe sobre mi nuca.

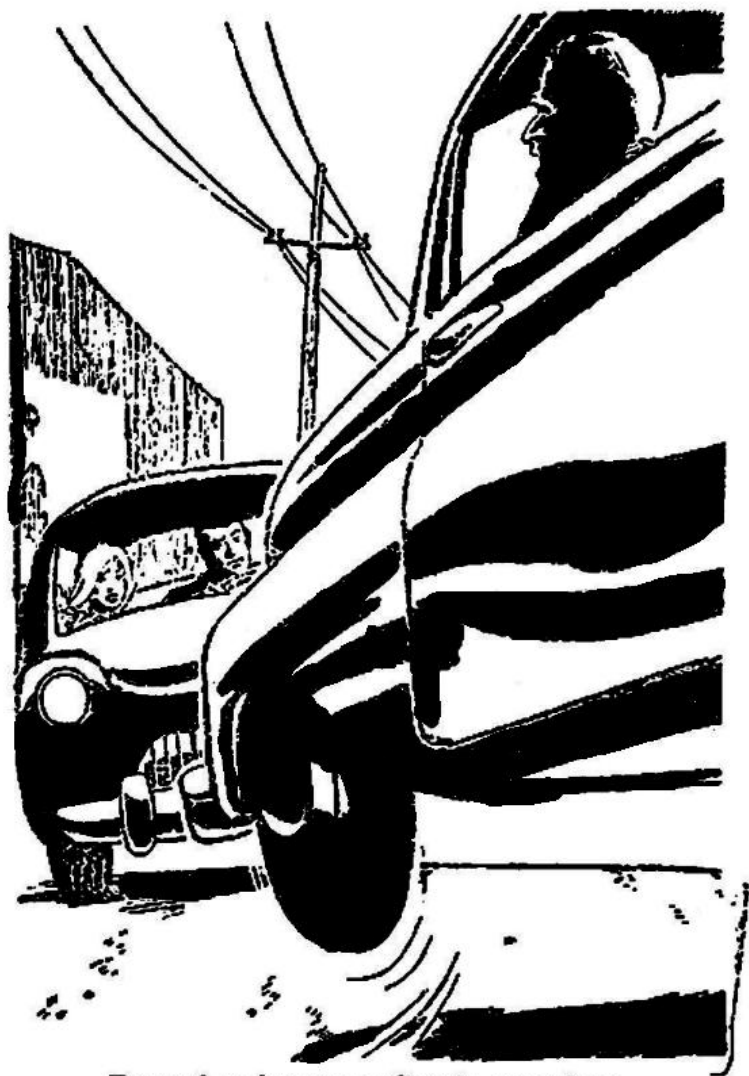
Guzik y el «Doc» rieron fuertemente en aquel momento, al llegar Claire al final de su relato.

Creí percibir el leve silbar del aire al ser desplazado por el objeto con que me iban a golpear.

Meladeé ligeramente y me agaché en el instante preciso.

A pesar de ello recibí un doloroso golpe en el hombro.

Dominé el dolor, atenacé por el cuello a mi enemigo y le obligué a dar una voltereta.



Empezó a dar una voltereta espantosa

4 • MUERTE

Las risas de los otros apagaron el ruido del golpetazo que dio el fulano contra el suelo.

Aunque a oscuras, advertí que el hombre abría la boca para gritar pidiendo auxilio.

Golpeé rápido, a la desesperada, aplicando el canto de mi mano

derecha en el puente de la nariz de mi enemigo.

Tal vez le hice cisco el cerebro, porque el fulano quedó inmóvil instantáneamente. Sin embargo, repetí el golpe.

Me repugnó un poco, pero me debía asegurar, tenía que hacerlo.

Poco después comprobé que el fulano estaba muerto. Mi vista se había habituado a la oscuridad y recibí la impresión de que la inmóvil figura no me resultaba desconocida. Me acerqué más, dominando la repugnancia que sentía.

Reconocí a Lefty, uno de los tres fulanos que habían actuado en el muelle cuando yo había obligado a que se llevara a cabo el cargamento de la mercancía de Logan.

El reconocerlo me produjo cierta sensación de alivio. Yo sabía que todo lo que podía encontrar en aquel lugar eran ratas inmundas; pero así no había duda y no me cabía tener el menor remordimiento.

El tiempo junto al fiambre, expuesto a ser descubierto en cualquier momento, transcurrió para mí de una manera angustiosa.

Tuve que pensar muchas veces en Marion para no abandonar la partida, puesto que yo no quería líos.

Oí el ruido que producía un automóvil que se detenía a la puerta del gimnasio.

Deseé con toda mi alma que fuesen los dos gorilas que habían ido en busca de Sandy.

Escuché voces, ruido de pasos. Arrastraban a un fulano y eso significó algo para mí; forzosamente tenía que tratarse de Sandy.

Si se les ocurría encender alguna luz para mostrar el camino al granuja de Lodge, tendría que comenzar la fiesta antes de lo que pudiese convenir a mis intereses.

Volví a pensar en producir un cortocircuito, pero no tenía posibilidad alguna a mano.

Al fin entraron los dos «gorilas», y el fulano que llevaban medio a rastras, en una zona relativamente iluminada.

Era Sandy el hombre que se resistía a avanzar, y le animaron con un golpe en la calva que casi lo derribó de bruces.

Guzik era un tipo que pecaba de impaciente y salió a la puerta a recibir a su visita. Si giraba la vista, me podía descubrir. Eso era malo para mí, pero resultaría peor para él, porque lo mataría.

Sería un verdadero placer para mí volarle los sesos. Así quedaría

liquidada una vieja cuenta pendiente entre él y yo.

El granuja tenía mala sangre, era cruel y bestial. Al ver a Sandy se burló de él de manera sangrienta.

El «Doc» era otra clase de fulano, pero se iba haciendo un poco servil a medida que perdía facultades, se sintió contagiado por Guzik y se burló también de Sandy.

Comentó burlón:

—Ya tenemos aquí al inocente corderito.

Guzik soltó una palabra gruesa, soez. Me resisto a escribirla, de verdad; y eso que soy partidario de la literatura realista, ¡pero no tanto, diablos!

Claire quiso hacer méritos también y salió divertida a dar la bienvenida a Sandy. Y la fulana, que tenía el olfato de una perra, fue quien me olió.

¡Era la guerra!

Y un servidor, no solamente tenía que defender su vida, sino la de Sandy.

Si el pobre diablo aquél moría sin hablar, los *gangsters tenían muchas posibilidades de salirse con la suya, porque nadie sabía en dónde tenía el pequeñajo escondido lo que tanto interesaba a unos y a otros.*

Claire gritó dando la alarma a la vez que me señalaba.

Yo había desenfundado mi pistola que mantenía en una mano mientras con la otra mano empuñaba la pistola de Lefty.

Golpeé a Claire sin compasión en un tobillo con una de las pistolas.

Aulló, dio un salto y salió de mi alcance. Era justo lo que yo deseaba, porque se había interpuesto entre mis armas, y «El Doc» y Guzik.

Mi voz dominó, sobresaliendo por el aullido de Claire, advirtiéndolo:

—¡Quietos o comienzo la fiesta!

Saltó Guzik hacia atrás a la vez que desenfundaba el arma que llevaba en la sobaquera.

El hombre estaba en mangas de camisa y no cabía duda alguna sobre su propósito.

«El Doc» se movió con sigilo y justeza de movimientos, llegando hasta un conmutador, y la sala en donde nos hallábamos quedó

plenamente iluminada.

Guzik decidió ocuparse de mí; pero por temor a fallar, gritó al propio tiempo, dirigiéndose a los dos «gorilas» que arrastraban a Sandy:

—¡Liquidad a ese perro!

Disparé contra Guzik cuando su grito resonaba aún. Mi balazo le saltó los sesos.

Sandy había tenido un gesto que sorprendió a los dos «gorilas» que le sujetaban, a pesar de que el hombre había sido duramente maltratado.

Pisó a uno de ellos arrancándole un aullido, y eludió hábilmente el golpe que le quiso propinar el otro.

Intentó salir corriendo, pero tropezó con uno de los granujas y se fue de bruces de manera violenta.

Aquello me ayudó bastante, porque entonces tiré sin miedo alguno y los dos «gorilas» experimentaron sendas sacudidas a los certeros impactos de mis balas.

Uno giró media vuelta y cayó de bruces sobre Sandy cuando éste intentaba levantarse.

El otro gimió, se llevó ambas manos al vientre y se dejó caer de rodillas, para deslizarse luego blandamente hasta dar con su cuerpo en el suelo, quedando de lado, hecho un ovillo.

Salté entonces de lado y esquivé una verdadera rociada que me dedicó el fulano que estaba de guardia en la puerta y que había seguido a los otros dos pistoleros.

Le demostré inmediatamente que era el número uno tirando contra un blanco en movimiento, pues lo cacé en el aire, cuando saltaba para esconderse detrás del «ring», colocado allí para dar la sensación de que aquello era un gimnasio en lugar de una guarida da pistoleros.

El fulano dejó escapar el arma y cayó sobre ella. Lo había metido el balazo a la altura del estómago, pero posiblemente el balazo se le había alojado en la columna vertebral, porque quedó inmóvil.

Lo del «Doc» no eran las armas, aunque intentó apoderarse de la que le había caído a Guzik.

Le conminé:

—Quieto, «Doc». Te volaría los sesos a gusto. Eres peor que los

otros, porque tú tienes inteligencia.

Respondió cínicamente:

—Al revés que tú. No tendrás ocasión de escapar. Te has metido en una ratonera.

Comprendí que el fulano trataba de ganar tiempo. Él sabía que de un momento a otro podía llegar gente de la que había salido. Posiblemente, podía llegar también alguien de la misma parte de donde había salido Lefty.

Si había concebido alguna esperanza, lo desilusioné pronto, descargándole un fuerte golpe con una de las pistolas en el caballete de la nariz.

Se desplomó.

Sandy se había librado del «gorila» que había caído sobre él. Jadeaba a causa del miedo que sentía y del esfuerzo que había tenido que realizar.

Le ordené:

—¡Quieto, Sandy, o te dejo seco!

Mi situación no tenía nada de agradable. En realidad, tenía que sacar rápidamente de allí a tres enemigos. No me sentía capaz de asesinar a Claire, ni al «Doc», a pesar de que ambos lo merecían.

La zarandeeé bruscamente a ella, cuya desenvoltura y desparpajo habíanse esfumado.

—¡Carga con el «Doc», o tendré que liquidaros aquí mismo a los dos!

La inmerecida fama que me había colocado cierto sector de Prensa que protegía por su cuenta las actividades de Lawson y otros como él, surtió su efecto.

La chica era fuerte y no le resultó difícil cargar con el enflaquecido «Doc», caminando con él en la dirección que yo le señalé.

A Sandy lo sujeté de una oreja y le obligué a caminar según me convenía.

Llegábamos cerca de la puerta principal, cuando percibí ruido de dos automóviles que llegaban.

Advertí:

—¡Mucho cuidado o les barreré!

No me podía arriesgar a un encuentro, pues estaba la sorpresa a mi favor, les obligué a cambiar de dirección para buscar la salida

por una puerta posterior.

Mi automóvil quedaba a unas cien yardas escasas de allí.

—¡Vivo o tendré que achicharraros! —amenacé.

Antes de salir quité los plomos y se produjo el apagón dentro.

Si los que llegaban eran pandilleros de Guzik, aquello les entretendría el tiempo justo que yo necesitaba para escapar.

Llegamos al automóvil.

Los abarré a los tres sin compasión, de manera que no pudiesen valerse, y lancé mi cacharro a buena velocidad.

Lo mío, por el momento, era alejarme de allí. Y también esquivar a los pandilleros que me buscaban por un lado y a los policías que me buscarían por otro lado en emocionante emulación.

Me alejé pronto de la zona que se podía considerar muy peligrosa para mi integridad.

Y entonces experimenté viva perplejidad. No tenía a dónde ir. Ignoraba en dónde podía estar Marion y por tanto, no podía pedirle ayuda.

Tampoco podía recurrir a Logan, a pesar de que su fábrica hubiese podido constituir un buen refugio. Pero él no admitiría que yo emplease ciertos procedimientos que iba a tener que emplear.

No podía pensar en mi departamento; y menos aún, en mi oficina.

Ignoraba en dónde hubiese podido encontrar a Irma; y por otra parte, prefería mantenerla apartada de aquel duro asunto.

El «Doc» se había recuperado. Era inteligente y se hizo cargo de mi situación.

Pese a su inteligencia cometió la imprudencia de sonreír burlonamente; y lo volví a «dormir» de un golpe.

A fin de cuentas era él quien había asesinado a Sthal y había montado luego toda la comedia para hacer pensar en su muerte a causa de un ataque cerebral.

Resultaba curioso lo que me sucedía. Para defender la Ley, marchaba por el momento al margen de ella. En tal situación me había colocado la influencia de Lawson.

Claire me miró asustada. Entreveía que tanto ella como el «Doc» significaban dos molestos estorbos para mí en aquel momento y temió que los liquidase.

Consideré conveniente asustarla y dije:

—Te lo has ganado, Claire. Una piedra al cuello y a alimentar peces. Cuando se pudra la cuerda, tus huesos estarán limpios y no saldrás a flote. «El Doc» puede ser un buen compañero de viaje.

Ella me pidió llorosa:

—¡Déjame ir! Desapareceré de la ciudad para siempre... Lo ignoraré todo.

Mi rostro permaneció serio, impassible. En realidad, casi no la escuchaba. Me preocupaba mi problema. En cualquier momento podía verme rodeado de pandilleros o de policías. No me convenían unos ni otros.

Pensé en la algarabía que se habría armado en el gimnasio de Guzik.

La noticia habría sido comunicada a Lawson inmediatamente.

La orden de cazarme sin darme cuartel se estaría gestando, posiblemente estaría dada ya.

A los pandilleros de Lawson se unirían hampones sin ocupación, dispuestos a cobrar siempre unos dólares por un pellejo humano.

Y yo era odiado entre los del hampa.

Claire, temiendo que estaba planeando su final, dijo:

—El collar y las joyas que llevo valen muy bien los doscientos dólares. Llevo también algún dinero. Me pillaron cuando me largaba a bailar y...

Le escupí en la cara y la abofeteé a continuación. Tal desahogo me tranquilizó y entonces recibí la impresión de que comenzaban a despejarse las brumas de mi cerebro.

Me reí pensando en la ridícula pareja que formarían Claire y el pequeñajo de Sandy y le dije a ella:

—Creo que te soltaré. Pero antes habrás de bailar con Sandy delante de mí. Y tendrás que escupirle en la calva otra vez.

No le hice ninguna gracia. No se rió.

Sandy, que nos escuchaba, le dedicó una frase poco edificante, de esas que es mejor no reproducir.

Entonces solté en premio un puñetazo en la cabeza del pequeñajo, a ver si así se aclaraban mis ideas. Y le recomendé:

—Procura ser más galante con las chicas guapas.

Se iban aclarando mis ideas a raíz del puñetazo a la calva de Sandy. No puedo dar una explicación científica del hecho, pero fue así.

Después del espantoso lío, volvía a encontrarme a mí mismo.

Recordé cómo conocí a Sandy cuando fui a ofrecerle extintores. Recordé el incendio inmediatamente posterior.

Después del incendio había pasado por el lugar varias veces, unas por necesidad, otras por simple curiosidad. Lo que había sido fábrica de Sandy había sido vallado después del incendio.

¿Cómo no se me había ocurrido antes pensar en tal lugar? Podía ser un momentáneo escondite, estupendo. Después de vallado, los muchachos habían abierto una buena brecha en la valla, y era allí en donde jugaban y peleaban durante el día.

Vagamos a escasa velocidad. Puse rumbo al lugar y marché más deprisa, deseando llegar cuando antes.

Cerca ya del solar, observé de soslayo a Sandy y advertí que palidecía.

Busqué la brecha y metí el automóvil por ella.

Luego borré toda huella en las inmediaciones.

Permití entonces que bajasen del automóvil y que estirasen las piernas. Por mi parte hubiese encendido un cigarrillo, pero preferí resistir la tentación deseoso de no llamar la atención por ningún motivo. Era más fácil pasar inadvertido si no lo encendía.

—Excelente noche para morir, ¿no? —pregunté.

Buscaba la manera de enfocar el asunto para que aquellos fulanos no me diesen más trabajo del necesario. La verdad era que me sentía cansado.

Señalé para el receptor de radio instalado en el automóvil y pregunté:

—¿Qué tal si ponemos un poco de música y bailamos? Un poco de armonía antes de hablar de cosas serias, siempre va bien.

Sandy quiso alardear de caradura. Lo era sin duda alguna y yo lo sabía bien; pero su alarde no dejó de fastidiarme. El hombre respondió a mi proposición, a la vez que sonreía conejilmente:

—La idea no es mala. Y Claire baila como pocas. Quisiera que vieses cómo se ciñe. Y los fulanos grandotes como tú son los que le gustan a ella.

El «Doc» había vuelto en sí. Nos contemplaba asombrado. Era inteligente, pero no llegaba a ser genial, y se escapaban ciertos matices humorísticos de la cuestión.

Si razonaba al juzgarlo, Sandy a mí me daba lástima. El

pequeñajo debía haber cargado durante toda su vida con un complejo de inferioridad de esos que lo doblan a uno; y yo tenía la impresión de que trataba de superarlo a fuerza de cinismo.

Pero en aquel momento no razoné. Actuó mi subconsciente que debía estar la mar de fastidiado porque se le había estropeado el plan con Marion.

Y el tal subconsciente hizo que mi mano derecha se moviese con una velocidad supersónica y fuese a estrellarse, abierta, en la mejilla izquierda de Sandy.

Claire, que parecía una torre al lado de él, se dobló de risa.

A ella no le había hecho ninguna gracia lo que Sandy había soltado sobre si se ceñía bailando y si le gustaban los fulanos grandotes como yo.

Sandy, a la bofetada, experimentó la atracción del suelo y quedó tendido en él, aturdido.

Pero el aturdimiento se le pasó cuando le solté:

—Te voy a patear las tripas, bandido. Sthal era un sinvergüenza, a ratos; pero no merecía que lo asesinasen. Él se comportó contigo como un amigo y tú lo mataste. Y encima estás aún con ganas de diversión. Eres un perro cínico.

Hice una breve pausa para que se metiese en situación y seguí diciendo:

—Eres muy listo, pero yo no me tragué lo del ataque cerebral.

El «Doc» se hallaba en máxima tensión. Salía al aire lo que él no podía imaginar que saliese después del último informe que se había recibido de Lawson.

Pero salía en una dirección que por el momento le daba una cierta tranquilidad personal.

Claire intervino, dirigiéndose a Sandy:

—¿Fue para eso para lo que te largaste? ¿Y yo tenía que decir que no te habías separado de mí? Te devolveré todo lo que me diste, ¡pero yo no quiero líos!

De estar libre se hubiese despojado de las joyas que me había ofrecido anteriormente, y se las habría arrojado a la cara a Sandy.

No ignoraba que el asesino de Sthal era el «Doc». Pero empleaba tal marrullería por mi cuenta y razón.

Era aquel uno de los momentos más difíciles de mi vida. Si no conseguía hundir a Lawson con pruebas, él me hundiría a mí

irremisiblemente.

Y la clave de todo, según mi criterio, la tenía aquel mequetrefe que me miraba con expresión que reflejaba sorpresa y miedo a la vez.

CAPÍTULO IX

Con fulanos como aquéllos no siempre se puede ir de cara. Y aunque sé que tengo lo mío de bestia —si bien no tanto como dicen—, no quería zurrarles más de lo necesario.

Tenía que sacar toda la verdad a flote; y no resulta tarea fácil, tratándose de tipos como aquéllos. Y había algo más importante aún. Tenía que probar la verdad de manera irrefutable.

Caleb, Fuller y Hudkins podrían haber sido testigos contra el «Doc». Pero las raciones de plomo que les había tenido que administrar los había dejado imposibles para servir como tales testigos.

Por otra parte, aunque no hubiese sido más que por temor a la venganza de sus compinches, dudo que hubiesen acusado al «Doc».

A las últimas palabras de Claire había seguido un silencio tenso. Ella, que era un verdadero monumento de mujer, respiraba agitadamente y miraba a Sandy con odio.

Resultaba verdaderamente atractiva; pero no estaba la situación para pensar en turbadoras redondeces como las que se agitaban allí, tan cerca de uno.

El «Doc» no pestañeaba siquiera. Parecía divertido imaginando que salía un testigo contra Sandy, del crimen que él había cometido.

Yo volví la mirada a Claire, que se agitó un poco más, y dentro de lo que pudo mostró algo de su anatomía, como para convencerme de que valía la pena ser amigo suyo.

Pero como no era demasiado tonta, comprendió enseguida que no me había convencido.

Yo la acusé:

—¿De manera que todo eso te lo dio por ser la cómplice del asesino de Sthal?

Ella se defendió, gritando:

—¡Yo no sabía nada de eso! ¡Él me dijo que iba en busca de algo

que significaría mucha pasta, que la pasta no se nos terminaría nunca! Pero yo no podía saber que él iba a matar a nadie.

—Pero eso que llevas vale mucho dinero. Debiste pensar que no te lo iba a dar así porque sí.

—¡Tener que aguantar a ese microbio repugnante, vale mucho más! —chilló ella.

El «Doc» no se atrevió a reír por si yo le soltaba otro golpe. Pero adiviné que hubiese reído gustoso.

Yo pregunté en tonillo irónico a Claire:

—¿Le dirás eso mismo a los del jurado?

Sandy se estremeció al escuchar la pregunta y gritó:

—¡Yo no lo maté! ¡No maté a Sthal, te lo aseguro! ¡Yo solamente le inyecté pentotal para que hablase y me dijese en dónde había escondido lo que me interesaba!

—El pentotal puede matar si se administra de golpe, sin la adecuada preparación. Y eso fue lo que sucedió —dije yo tranquilamente.

—¡Yo lo preparé bien! ¡Me sobraba tiempo! ¡Y no lo maté, lo sé! Él reaccionó bien y habló... Y luego lo dejé dormido tranquilamente. Estoy seguro de que no lo maté.

Me volví al «Doc». El tal granuja era médico, aunque hacía años que se había descarriado, y tenía prohibido ejercer.

—Tú has estudiado y sabes mucho de esas cosas, «Doc». ¿Qué dices?

El hombre señaló un encogimiento de hombros y respondió:

—Pudo haberlo matado con el pentotal, eso lo sabe cualquiera. Su uso es bastante peligroso en manos inexpertas y no creo que Sandy sepa demasiado, aunque presume de ser químico.

Seguí interrogando al «Doc»:

—¿Crees que la muerte a causa del pentotal puede tener la apariencia de una muerte debida a un ataque cerebral?

—No exactamente. Depende de casos... Si la víctima es un alcohólico, puede ser que sí.

Hablaba sin querer mostrarse concreto, dejando margen al escape. Y al propio tiempo trataba de cubrirse.

Sandy gimió:

—¡Yo no lo maté, te lo aseguro! ¡Tuvieron que ser ellos, que iban en busca de lo mismo que yo! ¿Por qué crees que me han

apresado? Para hacerme cantar...

Yo debía mostrarme inflexible. Acusé:

—Lo mataste porque no lograste que él confesara. Recargaste la dosis, y cuando te diste cuenta, él ya era cadáver.

—¡No es cierto! ¡Habló! ¡Me dijo en dónde lo tenía escondido! Puedo demostrarlo cuando quieras.

Fingí que dudaba.

El «Doc» estaba en actitud tensa y hubiera dado algo por poder romper las ligaduras y estrangularme. Él intuía ya que yo estaba jugando con ellos como el gato con el ratón; y que si no le había volado los sesos como a los otros y lo había llevado allí, era por algo.

Dije a Sandy:

—Demuéstralo si puedes, pero sin perder un minuto. Los pandilleros de Lawson están dispuestos a cazarnos a ti y a mí, como sea. Y yo no puedo pedir auxilio a la policía si no llevo pruebas.

Su mirada brilló, al responder el hombrecillo:

—Lo que yo tengo te servirá.

Habló con salvaje alegría. Intuía que había salvado la cabeza, si eludíamos a la gente de Lawson. Yo le animé:

—No podemos perder un minuto, Sandy. Vengan esas pruebas. Esas pruebas o no podremos salir de aquí.

Se lo dije con intención. En los últimos momentos yo había llegado al convencimiento de que él las había escondido allí, precisamente en aquel lugar.

Él lo confirmó, diciendo:

—¡No tendremos que salir de aquí! Tú lo has adivinado. Eres un fulano de cuidado, Mark Power, y mereces la victoria. El escondite está aquí mismo.

El «Doc» se retorció como una anguila. Ignoro cómo lo consiguió, pero lo cierto es que se libró de las ligaduras, aferró un pedrusco y lo lanzó violentamente contra mi cabeza.

Me dejé caer con rapidez y desvié la piedra que me lastimó ligeramente en la mano para ir a golpear en una nalga a Claire.

Ella gritó:

El «Doc» no intentó huir. Sabía bien que era lo más difícil. Tenía que matarme como fuese.

Me arrojó un puñado de tierra a los ojos e inmediatamente se

lanzó sobre mí con las manos engarfiadas buscando mi garganta.

Era un fulano que resultaba temible por su agilidad, su nervio y sus conocimientos de anatomía.

Sandy intentó ayudarme sabiendo bien lo que significaría para él mi muerte. Pero estaba amarrado y no pudo hacer nada práctico.

Sentí que la tierra cegaba mis ojos. Instintivamente me eché hacia atrás.

El «Doc» había logrado hacer presa en mi cuello.

Yo me había hecho un ovillo y de improviso distendí mis dos piernas de manera violenta.

Percibí un gemido. Había tenido suerte. Y el «Doc» no tuvo más remedio que aflojar su presa.

Golpeé nuevamente a la desesperada, y aunque él trató de eludir los golpes hábilmente, volví a dar de lleno en el blanco.

Me soltó y cayó pesadamente al suelo. Adiviné que se estaba revolcando de dolor.

Sandy me animó:

—¡Vivo, Power! ¡Es tuyo ya!

Él mismo se arrastró cómo pudo y golpeó con los pies en la cabeza de nuestro común enemigo.

Yo me froté los ojos. No veía bien aún, pero me lancé contra el granuja.

Trató este de contenerme con un brazo, pero logré aferrárselo y formé con él un verdadero tirabuzón.

Crujieron los huesos, gritó desesperadamente y un último crujido me dio a entender que le había roto el brazo.

Quedó inmóvil, pálido, gimiendo débilmente. No sentí lástima por él. Además de que era un verdadero asesino, frío, calculador, con su conducta se había ganado a pulso lo que le había sucedido.

Le acusé en aquel momento:

—«Doc», fuiste tú quien asesinó a Sthal. Lo pillasteis aún bajo los efectos del pentotal, y habló. Tú creíste que él había hablado bajo los efectos del miedo y de la bebida.

Lo zarandeeé sin compasión y hubo de aceptar que fue así, diciéndome a continuación en plan de defenderse:

—Pero lo dejamos vivo. Si Caleb y los otros dos viviesen, te lo podrían decir.

Me fastidió su tozudez y estuve a punto de golpearle otra vez. Le

dije:

—¡Maldito cerdo! Ya sé que entonces lo dejasteis con vida. Pero fuisteis al lugar que él os señaló y lo encontrasteis vacío. Por el momento no podíais pensar que Sandy se os había adelantado y se lo había llevado ya.

No dijo una palabra, pero la expresión de su rostro confirmó lo que yo señalaba.

Seguí acusando:

—Entonces regresasteis convencidos de que él os había engañado. Él se obstinó; y cuando comprendiste que no podías sacar nada de allí, lo mataste con un punzón que le atravesó el parietal y penetró hasta el cerebro. Un ataque cerebral, ¿eh?

Me miró silencioso, asombrado y asustado a la vez.

Yo proseguí:

—Entonces llevasteis mucha bebida. Derramasteis bastante para que se pensara en una verdadera orgía. Luego, la pobre Ethel, que había sido dormida por el sinvergüenza de Sandy, sería el testigo sincero de que habían bebido demasiado y que él no había despertado.

Señalé una pausa, diciendo luego:

—Naturalmente, no contaste con mi posterior actuación.

El granuja tragó saliva. Yo proseguí:

—No contaste tampoco con que Sandy, para operar tranquilamente había dormido a Ethel con una inyección. La señal de la inyección, la simple huella del pinchazo, me permitió ir descubriéndolo todo.

El «Doc» acusó:

—¡Ese maldito Sthal trató de hacer chantaje! ¡No comprendo cómo un granuja como él podía tener una licencia...!

Le interrumpí:

—Eso no es cosa mía. Él tenía sus métodos de trabajo. Y si trató de hacer chantaje a Lawson, fue para obligar a éste a que diese la orden de que cesara la huelga.

—Pidió dinero también. Y no poco.

—El chico tenía que vivir...

Me sentía aliviado otra vez, con ganas de bromear. Lo más difícil parecía logrado ya.

Consulté mi reloj. El tiempo iba demasiado deprisa. La ciudad

estaría siendo batida minuciosamente, y unos u otros, trabajando por sectores, no podían tardar en llegar.

Si se tratara de la policía, no me preocupaba ya. Tenía casi en mis manos un buen salvoconducto.

Si eran los pandilleros de Lawson, mi final estaba claro, aunque algunos de ellos iban a sentir dolor de estómago.

Aseguré bien al «Doc», solté a Sandy y lo animé:

—Date prisa. Ya sabes lo que quiero. Si realmente vale la pena, nos habremos salvado.

—Vale la pena —aseguró.

Suspiró y dijo con cínica expresión:

—Te aseguro que lamento perderlo. Hubiera sido un chorro inagotable de dólares para un montón de años.

—No dejarás de ser nunca un pobre diablo, Sandy. Ellos te hubiesen aplastado más pronto o más tarde. Con lo del incendio tuviste suerte gracias a Sthal. Si hubiese intervenido yo, a estas horas estarías en la cárcel.

Humilló la cabeza.

No se apartó mucho del rincón en dónde estábamos. Le vi remover dos piedras, separar luego algo de tierra y levantar otra piedra.

Me explicó sonriente:

—El amo era yo, y conocía bien esto.

Sacó una pesada caja metálica envuelta en una funda bastante gruesa de material plástico, para evitar la oxidación.

Me lo entregó y dijo:

—La victoria le ha correspondido al mejor.

Sabía que yo le podría ayudar bastante y trataba de halagarme. Era lo natural, pero la verdad es que me dieron ganas de escupirle en la calva. Era algo que atraía y comprendí perfectamente que Claire lo hiciera aquella noche, bailando con él.

Pero bueno, la victoria era mía. Mas ¿cómo iba a salir de allí para poder administrarla y hacerla valer?

Lo verdaderamente extraño era que los pandilleros de Lawson no hubiesen llegado ya hasta el lugar. Ellos también debían pensar que Sandy podía haber escogido aquel lugar para escondite.

Lawson no era tonto, y por la estela de sangre que yo había dejado en el gimnasio de Guzik y lo que éste le hubiese

comunicado, podía deducir que Sandy era mi prisionero. Por tanto, nuestro refugio debía ser precisamente aquél.

El «Doc» se había desmayado. Era un estorbo para nosotros en aquel momento, pero no era cosa de asesinarlo fríamente.

Sandy estaba decididamente de mi parte: por conveniencia, pero estaba de mi parte.

Por otra parte, era un granuja, pero no era un asesino.

Me dirigí a Claire; le acaricié el cabello, pero no pensó que me había enamorado de ella, sino que yo vacilaba entre cortarle la cabeza o no.

Antes de que un servidor formulase pensamiento alguno, dijo ella:

—Estoy de tu parte, Power. Lawson ya no me da miedo, ni su gente tampoco.

—De acuerdo. Vamos a salir de aquí volando. En lugar de escondernos llamaremos la atención. Pediremos paso preferente dando a entender que llevamos un herido.

Seguí exponiéndoles mi plan.

Tenían dificultades y no pocas; pero quedamos allí esperando a que nos encontrasen, aunque era lo más cómodo, podía resultar lo peor.

Afortunadamente el automóvil llevaba carburante de sobra.

Yo me coloqué las gafas oscuras de Sandy. Aquello y la oscuridad, tal vez ayudaría para que no me reconociesen con facilidad.

En cuanto al automóvil, era uno de tantos.

Ensucié la matrícula un poco con barro para dificultar la identificación.

Coloqué al «Doc» en el asiento posterior, de manera que se pudiese advertir que iba desmayado, y procurando que si lo veía alguno de los suyos, no le resultase fácil reconocerlo.

Al lado del «Doc» situé a Sandy. Yo me coloqué al volante y Claire se situó a mi lado.

El espejo retrovisor lo coloqué de manera que Sandy no pudiese fastidiarme si cambiaba de idea.

El precioso botón iba debajo de mi asiento. Y las armas al alcance de mi mano.

—¿Quién dijo miedo?

Antes de poner el automóvil en marcha recordé una vez más mi decisión tomada en los últimos tiempos de no meterme en más líos.

Tan pronto terminase con aquello, sería yo quien devolvería mi licencia de detective privado.

Y me casaría con Marion.

Percibí el roce de una de las piernas de Claire con una de las mías. Resultaba agradable la cosa. Me miró de manera escalofriante la chica, y temí que podía necesitar un extintor de incendios.

Y entonces no los tenía a mano.

Cerré los ojos y me lancé hacia adelante.

Saqué el automóvil del solar como si fuese un meteoro. No me llevé parte de la valla por verdadero milagro.

Claire gritó asustada y Sandy señaló una mueca que descubrí por el retrovisor y que me produjo no poca risa.

Palmeé el muslo de Claire que tenía más a mano, y le dije, mostrando seguridad:

—Tú, tranquila.

¡Diablos! No estaba mal aquel muslo.

Ella acortó distancias conmigo.

Una vez fuera del solar, maniobré hábilmente y barrí con los focos del automóvil una considerable extensión de terreno.

—¡Deprisa! ¡Los tenemos ahí!

Era tal como ella decía. La volví a palmear en el muslo y repetí:

—Tú, tranquila.

Habíamos descubierto un automóvil del cual acababan de descender con su inconfundible modo de actuar unos cuantos pandilleros.

Los fulanos llevaban preparadas sus armas como si en lugar de una civilizada capital, estuviesen en plena guerra.

—Cuidado ahora —advertí a mis acompañantes—. No hay que acobardarse.

CAPÍTULO X

Los pandilleros de Lawson habían llegado en silencio, y a lo que parecía, se iban a acercar al solar a pie, seguros de sorprendernos.

Y los sorprendidos fueron ellos, por lo repentino e inesperado de nuestra aparición.

Metí el acelerador a fondo.

Algunos de ellos, al advertir que escapábamos, volvieron a su automóvil para salir detrás de nosotros.

Uno se entretuvo en disparar y percibimos el crepitar de su arma automática y los silbidos de los proyectiles, algunos de los cuales rozaron la carrocería de nuestro coche.

Un certero golpe de volante nos colocó fuera del alcance del arma automática.

Era un alivio, pero muy pequeño.

Zumbó el motor del automóvil de ellos. El que había disparado, según me informó Sandy, había saltado al vehículo y éste salía en nuestra persecución.

Volvimos a estar a tiro y ellos ensayaron nuevamente su puntería. No lo hacían mal del todo, pero a la distancia que nos separaba tampoco era cosa de asustarse.

Salimos a terreno despejado. Ellos llevaban un auto más veloz que el nuestro. No resultaba tranquilizador.

A pesar de ello volví a palmear el muslo de Claire y le repetí:

—Tú, tranquila.

Sandy se había escurrido hacia abajo en su asiento y se había hecho punto menos que invisible en el suelo del coche.

Nuestro cristal trasero saltó hecho menudísimos fragmentos gracias a una ráfaga de proyectiles que nos colocaron por el lugar.

A mí no me hizo ninguna gracia, palabra.

Ganaban terreno. Me destrozaron el retrovisor con otra ráfaga.

Claire gritó asustada. Pero en aquella ocasión no estaba yo para

tranquilizarla con nuevas palmaditas.

Maniobré inesperadamente de manera audaz. Mi coche trepidó, dio la impresión de que se iba a desintegrar. Dio media vuelta completa, quedando de cara a nuestros perseguidores.

Debieron pensar que yo estaba irremisiblemente loco y que me disponía a embestirles, y trataron de salirse a un lado de la pista a la vez que disminuían la velocidad.

En mi diestra empuñaba una pistola. Hice fuego contra una de las ruedas.

Se produjo el reventón de la misma. El automóvil de los pandilleros dio una sacudida y llegó a ladearse hasta quedar sobre dos ruedas.

Me pareció ver que el conductor realizaba un esfuerzo para estabilizar el coche.

Volví a disparar. Un solo disparo. Lo coloqué ligeramente por encima del volante. Sabía que aquello no podía fallar:

El vehículo, perdidos los mandos, dio una voltereta espantosa, chocó contra un poste, hizo explosión, e instantes después quedaba convertido en una gigantesca hoguera.

A nuestros oídos llegó un alarido horroroso.

Volví a maniobrar. Y saqué el automóvil de la pista, que no tardaría en ser invadida por policías.

Entramos en una calle y animé a Claire:

—¡Vamos, muchacha! ¡Haz la señal!

En aquella ocasión sí palmeé nuevamente su muslo. Ella me dirigió una mirada de agradecimiento.

¡Ay, si no hubiese estado Marion por medio! Pero, yo no quiero más líos.

Claire sacó un pañuelo, que agitó pidiendo paso a todo evento, mientras yo hacía sonar el claxon de manera sostenida, de manera escandalosa. Hacíamos comprender que llevábamos un herido grave.

Se detuvo la circulación para cedernos paso. Los agentes de circulación prestaron su colaboración.

Llegamos a la puerta de un hospital y detuve el vehículo.

Entre Sandy y Claire sacaron al «Doc», desmayado aún, y cuya palidez cadavérica ayudaba bastante a nuestros planes.

Entraron con él en el hospital.

Sandy salió inmediatamente y se reunió conmigo.

Claire, por su parte, tenía instrucciones concretas. Aparte de ocuparse de que curasen al «Doc», ella pediría el auxilio de la policía, dando la identidad del individuo para que se le tuviese en calidad de detenido y se evitaría que sus compinches lo pudiesen rescatar o asesinar.

Más adelante intenté ponerme en contacto con el capitán Talbot. Se había retirado hacía poco a su casa.

Yo sabía en donde vivía él, e hice volar mi automóvil, aunque entonces hube de tomar ciertas precauciones.

Llegué a su casa al mismo tiempo que llegaba él.

Le acompañaba un sargento, quien, al reconocerme, echó mano a su pistola, dispuesto a detenerme.

Talbot me conocía sobradamente. Sabía que le llevaba la victoria y ordenó:

—Quieto, Smith. Puede que Mark Power no sea tan bestia como dicen. Cada cual tiene sus cosas buenas.

El hombre, aunque refunfuñando, guardó el arma.

Sandy intentó desaparecer, pero le convencí de que, aunque le echaría una mano, tenía que cargar con lo que le correspondiese. Eso, o le rompería una pata.

Decidió que no le sentaría nada bien quedarse cojo; ya tenía bastante con su calva y con ser pequeño.

Una vez en casa del capitán, le pedí permiso para llamar por teléfono.

Marqué el número de Lawson. Reconocí su voz en quién se puso al aparato y por mi parte imité la forma de hablar y la voz de «Caracortada». Como no lo había despachado, supuse que andaría lleno de vida, buscándome de manera furiosa.

—¡Hola, jefe! Aquí «Caracortada». Sí, a mi lado está «El Champ»...

Lawson respondió suavemente, pero con dureza:

—He dicho que no llaméis aquí. Talbot está de parte de Power y esto puede estar interferido.

—Sé que no, jefe. He visto a Power por la antigua fábrica de Sandy Lodge. Parece que cerca de allí se ha deshecho de un coche de los nuestros. Le sigo la pista.

Colgué, sin aguardar respuesta.

Talbot estuvo a punto de sufrir un ataque de risa.

En vista de aquello, el sargento Smith se decidió a sonreír ligeramente. Puede que en aquel momento yo le resultase simpático.

Señalé para la caja.

—Bueno, Sandy, hay que ganar tiempo. Explica lo que hay ahí. Pero aguarda un momento aún...

Dependían muchas cosas de mí y tenía que ordenar mis pensamientos.

Referí a Talbot lo sucedido con el «Doc», su participación en el asesinato de Sthal, y el lugar en donde se hallaba en aquel momento.

—Es usted un verdadero diablo —dijo.

Tomó el teléfono y dio órdenes para que Claire fuese protegida y que no saliese del hospital hasta tanto la recogiéramos nosotros. Ordenó también que el «Doc» quedase bien custodiado y defendido a la vez, para que sus compinches no pudiesen eliminarlo, haciendo desaparecer así una prueba y un testigo contra ellos.

El «Doc» sabía demasiadas cosas que perjudicaban a Lawson y éste no tenía más remedio que suprimirle.

Sandy pidió:

—¡Algo de beber, por favor! Estoy seco por dentro y por fuera.

Talbot se disculpó por no haber ofrecido nada anteriormente.

Personalmente sacó cerveza fresca, *whisky*, soda y trocitos de hielo.

Nos servimos cada cual según nuestros gustos.

El más impaciente de todos era un servidor. Abrí la caja y fui sacando cosas. Saqué algunos libros secretos del sindicato.

Al verlos, silbé admirado. Sandy explicó:

—Ahí queda demostrado con toda claridad cómo Lawson y sus compinches cometen fraude tras fraude con los fondos del sindicato.

Señaló unas anotaciones y dijo:

—Eso es más delicado aún. A veces provocan tal o cual conflicto pagado por algún grupo financiero, para arruinar determinada industria y poder retirarlas de la circulación si les molestan, o adquirirlas por poco dinero si les interesan.

Aproveché para informar a Talbot:

—Ése es el caso de la «Chemical Logan», por cuenta de la cual

estoy trabajando. La «Chemical Forest», controlada por Lawson, quiere hacerse con ella.

Comprendí que Sandy me admiraba. Sonrió condescendiente y prosiguió informando:

—Aquí tienen algo que pertenece a otro sector de actividades. Son simples proyectos del nuevo equipo que aspira a gobernar el Estado. Me refiero a Lionel Prestley, a Paul Sherman y demás, que son los que dan la cara, aunque quién está detrás de ellos es Arthur Lawson.

Se hizo un generoso trago de *whisky* casi puro. Se iba animando y siguió con su informe:

—Son proyectos sobre exenciones de impuestos o de aumentos de impuestos, sobre adquisiciones de terrenos para edificios de tipo oficial, según las conveniencias de ellos. Total, que con esos proyectos se embolsarían millones de dólares en muy pocos años.

Nos bastó un vistazo para convencernos de que todo ello era cierto.

Smith me admiraba ya, y no digamos nada de Talbot. Yo me acordé del pobre Sthal y dije:

—Es a Sthal a quien hay que agradecer que haya llegado todo esto a nuestras manos.

—Una pena que a veces su moral dejase bastante que desear —lamentó Talbot, siempre dispuesto a ser comprensivo, sobre todo, cuando él iba a salir ganando.

Sandy señaló otro de los apartados de lo que iba en la voluminosa caja y dijo:

—Ahí está el plan de lucha para las elecciones. Así las consideraban seguras. Sobornos, chantajes, violencias, presiones... Saldrán cosas que tal vez sea mejor para todos taparlas. En fin, allá ustedes con eso.

Suspiró Lodge pensando en la fuente de ingresos que se le iba de la mano, ya que aquello le hubiese dado pie para extorsionar a bastante gente.

Pero Sandy daba la sensación de que era de los que sabían perder.

Quedaba muy poco ya. Sandy suspiró y dijo, señalando para un sobre:

—Eso es basura pura. Si eso se llegaba a airear, Lionel Prestley

no hubiera podido salir elegido. Se trata de un sucio lío de faldas.

Sandy bebió otro trago y prosiguió:

—Una mujer liviana, cuya liviandad fue descubierta. Se pudo tapar la cosa y a ella la asesinaron, aunque pareció una muerte natural. Por eso Lionel Prestley es viudo.

Hubimos de reconocer que Sandy, en un problema tan delicado, se manifestó con indudable elegancia. Entonces lo admiré yo. Él lo comprendió y me sonrió agradecido.

Se puso en pie y dio unos paseos. Luego dijo:

—Sí, sé que soy un sinvergüenza. Pero cuando he conocido todo eso, he sentido un terrible complejo de inferioridad. Hasta en lo de sinvergüenza soy un pequeñajo. Usted tenía razón, Power; no dejo de ser un pobre diablo.

De verdad que en aquel momento se sentía inferior y había vuelto a darme el tratamiento que me había retirado en los momentos de lucha, como enemigos primero y como compañeros después.

Repiqueó el timbre telefónico. Talbot tomó el aparato y tan pronto se identificó la persona que llamaba, me indicó que tomase yo el aparato supletorio para que pudiese escuchar la conversación.

Reconocí la voz del fiscal. Parecía descompuesto, gritaba y era precisamente un tal Mark Power el blanco de sus iras. ¿Lo conocen? Me refiero al tal Mark Power, no al fiscal.

—¿Hasta cuándo va a permitir que ese loco vaya por ahí perpetrando desaguisados, capitán?

Talbot preguntó con inocente expresión:

—¿A quién se refiere?

—¡A Mark Power! ¡Debería haberle retirado la licencia hace tiempo! No hace mucho ha provocado una catástrofe. ¡Y han sido cinco los muertos y el automóvil fue incendiado!

Talbot se mostró sereno al responder:

—Estoy enterado. Atacaron los otros y tiraron con bala. Y era Mark Power quién servía a la justicia.

—¿A la justicia? ¿Un hombre que interfiere en un sindicato al cual no pertenece? ¿Es que no se van a respetar las libertades ciudadanas porque un fulano así se haya vuelto loco? ¡El derecho de huelga es algo reconocido legalmente en nuestro país mientras no vaya contra los intereses nacionales!

—Ese sindicato está en manos de un despreciable grupo de *gangsters* y se lo demostraré muy pronto. Eso y otras cosas.

—¡Hágalo o presente la dimisión! ¡Pero cácame a Power como sea!

Talbot, sin responder a tal exigencia del fiscal, preguntó:

—¿Quiere tener la bondad de colgar? Me interesa llamar a un lugar determinado y volveré a llamarle a usted.

—¡No demore! ¡Estoy a punto de estallar! —gritó el fiscal—. No sé si es capaz de comprenderme. No tengo simpatía alguna por determinadas personas. Pero todos tenemos unos derechos reconocidos como ciudadanos y...

Talbot interrumpió, diciendo:

—De acuerdo, fiscal. Algunos de los que presionan son partes interesadas en algunos sucios manejos y se van a ver pronto en la picota —afirmó Talbot valientemente—. Otros, que son gentes honestas, van a sentirse avergonzados muy pronto por haber prestado oídos a determinada clase de individuos. Le llamaré enseguida.

No aguardó respuesta y colocó el tubo en la horquilla. Yo le imité, pero aún pude escuchar un último resoplido del fiscal.

CAPÍTULO XI

¡La cosa estaba que echaba humo!

La verdad es que sentí un poco de lástima por el fiscal. Sabía que era de los buenos, pero él temía a los escándalos.

El hombre aspiraba a llegar a fiscal general y no quería ver su ejecutoria empañada. Temía perder su popularidad, popularidad que se basaba precisamente en su bondad y en la rectitud de su actuación.

Quedó cortada la comunicación telefónica.

Talbot sonrió con expresión zorruna.

Luego llamó a uno de los sectores y pidió informes sobre las actividades que se pudiesen observar en el local del sindicato del transporte.

Experimentó viva satisfacción cuando le comunicaron que estaba reunida en asamblea la sección que nos interesaba, la que había declarado la huelga.

Talbot dio seguidamente instrucciones para que el local fuese rodeado sin que los que se hallaban reunidos en él pudieran darse cuenta de que se tomaba tal medida.

Dio órdenes también para que no se pensase más en mí y me dejaran tranquilo si me veían. La orden debía ser dada a toda la ciudad.

Cuando la hubo dado guiño un poco y dijo en tono humorístico:

—Lo hago así por la cuenta que me tiene. Como vamos a ir juntos, no quiero que disparen sobre usted y me den caza a mí.

Aquello se ponía bien, decididamente.

Dio instrucciones también para que comenzase la actuación contra los grupos de hampones que, movilizadas por Lawson, me buscaban desesperadamente por toda la ciudad.

Talbot no ignoraba que Lawson conocería inmediatamente que había tomado tales medidas, pero no le preocupó en absoluto; y

ordenó también que fuesen vigiladas las casas de Lawson, de Lionel Prestley y de Paul Sherman.

El problema que parecía local se convertía en una operación gigantesca contra el hampa, hasta el punto de que necesitó movilizar todos los efectivos de que disponía.

Pero Talbot, cuando tomaba una decisión, era así.

La gente se movería sin que la ciudad lo advirtiese. La mayoría de habitantes de Nueva York se enterarían al día siguiente por la prensa, en particular la sensacionalista, cuando diese la noticia adobada con escandalosos y sabrosos titulares.

Sandy me miró con expresión que reflejaba admiración. Todo aquello había sido capaz de moverlo yo.

No se le ocurrió pensar que él era uno de los principales causantes de que yo lo hubiese movido. Estaba claro que era un pobre diablo.

Talbot volvió a llamar al fiscal para comunicarle que iba a recogerlo, para que estuviese dispuesto.

Nos acompañó el sargento Smith, a cuyo lado se situó Sandy, aunque éste hubiese preferido hallarse en los antípodas.

No tardamos mucho en llegar a la residencia del fiscal, el cual se reunió con nosotros. Le acompañaban su ayudante y dos policías.

Talbot, como la cosa más natural del mundo, llevó a cabo las presentaciones.

Y cuando el fiscal escuchó mi nombre, dio un salto. Preguntó con visible asombro:

—¿Va libre? ¿No lo ha detenido?

Talbot respondió seriamente:

—Mark Power no quiere líos. De lo contrario, usted querría que él fuese su colaborador más directo cuando llegue a fiscal general. Porque con lo que llegamos entre manos, llegará usted. Su popularidad crecerá hasta una altura que no puede imaginar.

Yo me hice el desentendido por si acaso, y respondí como si cayese de la Luna:

—Encantado de conocerle, fiscal. Soy uno de sus admiradores y le volveré a votar cuando se presente.

Comprendí que el hombre se enternecía. ¡Diablos! Un voto siempre es un voto, y aunque yo sea un bestia, eso no consta en el voto.

El fiscal se quiso poner a tono conmigo —no en lo de bestia, entiéndanlo bien, sino en lo de alabarnos mutuamente—, y dijo con la mejor de sus sonrisas:

—Usted ha resuelto algunos casos interesantes, que me permitieron salir adelante, lo recuerdo bien. Se lo agradecí de verdad.

El ayudante del fiscal era uno de esos fulanos que querían soltarse a hablar a todo pasto. Le gustaba mostrar su eficiencia y soltó, sonriendo de dientes para fuera:

—Tengo el gusto de recordarle al señor fiscal que es cierto que resolvió casos. Pero debemos decir también que lo hizo muy a «su manera»...

Acentuó las dos últimas palabras de manera irritante.

Palabra que si no llegan a estar los otros presentes le hubiese abofeteado. Porque la cara del fulano, además, era de las que invitaban a tales desahogos.

El tal ayudante hizo una breve pausa para que la cosa resaltara más, y dijo aún:

—Y el resultado fue que en Fiscalía nos chillaban los oídos de escuchar barbaridades y protestas contra míster Power.

Se inclinó ligeramente al pronunciar mi nombre. Y siguió:

—Y más de la mitad de la Prensa nos dijo cosas horribles.

Creí de verdad que el fiscal iba a perder mi voto, pero no tardó en demostrar que era digno de él. Y respondió:

—Querido ayudante, usted no ignora que hay mucho de podrido en el mundo. De lo contrario, nosotros estaríamos de sobra. Y ésa Prensa que protestó hizo su juego. Si hubiese alabado, yo habría comenzado a pensar mal del amigo Power.

No sé cómo lo pudo hacer, pero el caso es que el ayudante dobló las orejas hacia abajo. Quedó apabullado, ésta es la verdad.

El fiscal me animó con una cariñosa palmada en la espalda.

—Adelante, amigo Power. El mundo del crimen nos espera... —dijo.

—Un poco fastidiado, pero efectivamente, nos espera —respondí.

—Le sabré agradecer esta nueva batalla ganada en favor de la Ley —contestó.

—En realidad la ha ganado un compañero que ha caído

asesinado por esos mismos hombres, que por los más diversos delitos se han de sentar en el banquillo de los acusados, para que la Administración de la Justicia en nuestro Estado muestre su ejemplaridad.

Era una frase, ¿no? Y que la solté sin tomar aire.

El ayudante quedó totalmente fuera de combate y ya no lo volvimos a oír.

Nos distribuimos en los automóviles.

Comprendí que, llegado el momento crucial, Talbot me tenía miedo. Lo tranquilicé con una mirada y le dije:

—Pues sí, capitán. Ya sabe lo mío; no quiero líos, aunque haya de volver a vender extintores.

—¿Logró vender alguno? —preguntó el fiscal, interesado.

—La verdad, no. En una ocasión pensé que me tenía que vender uno a mí mismo. Fue cuando conocí a cierta chica...

El fiscal sonrió comprensivo y manifestó:

—Cuando yo estudiaba, también tuve que vender extintores. Tenía que ganar algún dinero para ayudar a pagar mis estudios. La única vez, conseguí vender media docena de golpe.

Lo miré con verdadera admiración. No me extrañó ya que pudiese llegar a fiscal general, que es bastante más fácil.

Él, avergonzado, bajó los ojos y dijo:

—El granuja que me los compró incendió su establecimiento. Los adquirió para hacer creer que había tomado las medidas para evitar una contingencia de aquel tipo. Y el fulano pudo cobrar lo estipulado en el seguro de incendios.

Afortunadamente Sandy iba en otro automóvil con el ayudante. Yo no quise hablar de mi caso. No debía mostrarme superior a un fiscal tan estupendo como aquél.

Encontramos los primeros policías. El local en donde se celebraba la reunión estaba próximo.

Se detuvieron los automóviles y fui uno de los primeros en echar pie a tierra.

Talbot agradeció que yo me dispusiese a Cubrir al fiscal. Él tenía que dirigir la acción por si llegaba el momento de la violencia.

El bueno del capitán sabía bien que mi pistola no fallaba. Y que yo no dudaba cuando se trataba de gentuza como aquélla.

La policía se había movido con tal sigilo, que su presencia no

había sido advertida. Y pudimos sorprender a los granujas que estaban destacados vigilando.

Uno de los que vigilaba era «El Champ». Al advertir mi presencia inició un movimiento agresivo que frenó en seco al reconocer al fiscal y a los dos policías que formaban la escolta de éste.

El boxeador fracasado inició entonces un movimiento para ir a dar la voz de alarma a sus compinches; pero le retuve amablemente, diciéndole:

—No es necesario, hermano. Gracias por la atención, pero nosotros mismos nos anunciaremos.

«El Champ» recordó que conmigo no se podía jugar, y tartamudeó algo que no le pudimos entender.

Inició seguidamente la retirada, pero entonces le dije:

—Ahí estás bien, «Champ». Al señor fiscal le complace comprobar que todo funciona a la perfección.

Al «Champ» lo recomendé con la mirada al sargento Smith, que se incorporaba a nuestro grupo. Y Smith no solamente se hizo cargo de mi recomendado, sino de otros dos fulanos de parecida catadura que le acompañaban.

Nada de violencia, palabra. Cada cual quedó en el sitio en donde estaba.

Smith vigilaba a los tres fulanos con la mirada. Ellos hacían lo propio con Smith. Pero todo dentro de la más exquisita corrección.

Llegábamos ya a la sala en donde se hallaban reunidos los huelguistas. Alguien les hablaba con voz potente. Era una voz dominante y persuasiva a la vez.

Decía:

—Las autoridades han manifestado su pasividad ante la violencia de que se nos hizo objeto rompiendo nuestra huelga en favor de unas justas reivindicaciones.

Señaló una pausa para proseguir:

—Y yo digo ahora: a la violencia se debe responder con la violencia. No es deseable, pero es necesario.

Siguieron unos murmullos de aprobación. El orador siguió:

—¡Fueron los esbirros de la poderosa «Chemical Logan» los autores de la violencia, los que actuaron de rompe-huelgas! Pues nuestra violencia será desencadenada contra la «Chemical Logan», que se obstina en no comprender lo justo de nuestras

reivindicaciones...

Consideré que había escuchado bastante y me adelanté, dejándome ver.

Me siguió el fiscal y con él los dos policías de su escolta.

Por la disposición en que se hallaba la puerta, el orador nos divisó inmediatamente.

Se trataba de un abogado del equipo de Lawson. Creo que con eso está hecha su presentación. A su lado estaba «Caracortada», y al otro lado, completando la terna, un fulano presidiabale que había escapado de varias condenas por muy poco y siempre gracias a las influencias de Lawson.

Al pie de la mesa en donde estaban ellos formando la presidencia, se hallaban tres de sus incondicionales, observando las reacciones que se producían en el auditorio.

Sabían preparar las cosas, no había duda.

El auditorio, salvo algunos elementos mezclados entre ellos para conocer y señalar a los que pudiesen flaquear, estaba compuesto por los trabajadores honrados, los que cargaban y descargaban, los, que con su sudor mantenían a aquellos sinvergüenzas.

El Orador me reconoció inmediatamente.

Interrumpió su discurso y me señaló:

—¡Ahí lo tenemos! ¡Es nuestro! ¡Es Mark Power, el esbirro, el rompe-huelgas número uno!

Mi voz era más potente que la de él y la dominé, diciendo:

—¡Cierra el pico o te lo cierro yo, Harrison! Nos conocemos, ¿no? ¡Tú has hablado ya bastante! ¡Y el engaño va a terminar aquí, ahora mismo!

Siguió a mis palabras un murmullo amenazador, pero que fue contrarrestado por otro de protesta.

Los hombres que se habían visto obligados a trabajar por mí en el muelle, y que habían cobrado la gratificación que tan bien se habían ganado, me reconocieron.

Enseguida demostraron que eran gente honrada y que estaba a mi lado.

Harrison, «Caracortada» y sus otros compinches lo advirtieron también.

El abogado gritó:

—¡Esto es una provocación, un verdadero allanamiento!

Se interrumpió inmediatamente. Había reconocido al fiscal, advirtiéndolo al mismo tiempo la presencia de los dos policías que constituían la escolta.

El fiscal actuó valientemente, aunque no ignoraba que la violencia se podía desencadenar en cualquier instante.

El hombre se dirigió a Harrison, diciéndole:

—No hay ningún allanamiento, Harrison. Hemos sido invitados para intervenir en apoyo de «los que trabajan».

Acentuó las últimas palabras y prosiguió:

—Se deben borrar las diferencias reales que puedan existir entre los que producen las mercancías y los que las tienen que embarcar o transportar.

Me adelanté a Harrison, que trató de intervenir, y dije, dominando con mi voz la suya:

—Quien dirige los sindicatos tiene una fuerza decisiva en la economía de un país. Los sindicatos no pueden estar en manos de *gangsters ni de indeseables, sino en manos de trabajadoras*.

Tras breve pausa para que el auditorio fuera digiriendo mis ideas, seguí diciendo:

—Hay que barrer a los elementos indeseables de los sindicatos, Harrison. Tú eres uno de ellos. «Caracortada» es otro. ¿Habéis trabajado alguna vez?

Sé de sobra que con mí «diplomacia» no se me pedía enviar a una conferencia internacional, pero recibí la impresión de que allí no quedaba mal. Al menos, la gente sana me entendió perfectamente.

La otra me entendía también; pero no le gustaba nada lo que yo estaba diciendo.

Talbot, en tanto, discretamente, sin que se advirtiese así, había ido tomando las salidas del local, con su gente, muy en particular, las salidas de la sala.

Lo advertí pronto por las reacciones de pánico que se iban produciendo entre las ratas inmundas que se hallaban infiltradas allí en plan de provocadores.

El fiscal parecía divertido y hasta me pareció oír que comentaba:

—Es el mejor discurso que he oído en mi vida.

Por lo menos había sido corto y sustancioso, y eso era ya un mérito; y conste que no me envanezco por ello.

«Caracortada» intentó desenfundar. Yo le gané la mano y lo encañoné sin una vacilación.

Dije entonces:

—Vengo en plan amigable. Agradezco el «caluroso» recibimiento que me quiere dedicar «Caracortada», pero prefiero que lo deje para mejor ocasión, porque no debemos adelantar acontecimientos.

Algunos rieron de mi sentido del humor. Daba la impresión que mi diplomacia se imponía.

Seguí mi discurso con renovado brío:

—Ahora, amigos, vais a saber lo que hacen Harrison y compañía con vuestras cuotas. Conoceréis algo sobre malversaciones de vuestro dinero. Sabréis también cómo reciben dinero de algunos grupos industriales para fastidiar a otros. Tendréis pruebas claras, concluyentes.

Seguían entendiéndome a lo que pude Observar, y seguí, animado por el éxito:

—La huelga de estos días va dirigida exclusivamente contra la «Chemical Logan». La instigadora es la «Chemical Forest», cuyo principal accionista es Arthur Lawson, quien se quiere merendar por las buenas a la «Chemical Logan».

Tal vez aquella parte de mi discurso no la entenderían todos, pero como iban a seguir unos datos concretos, que estaban escritos, pues ya la entenderían.

Dije aún:

—Entre vosotros hay gente de la que no arrima el hombro jamás. Están mezclados ahí para fastidiaros, son chivatos de los que os están explotando inicuaamente; pero como todos sabéis quiénes son, cuidado con ellos.

Tales palabras cayeron como una bomba.

Se produjeron conatos de huida y entonces se dejaron ver los hombres de Talbot.

Expliqué anticipándome a lo que pudiese decir Harrison:

—Las fuerzas de la Ley están aquí para proteger a los hombres honrados. El sindicato debe ser vuestro, de los trabajadores. Sois vosotros los que debéis administrar vuestra casa. Los elementos extraños solamente vienen a abusar, a extorsionaros. Y es lo que voy a demostrar.

Los granujas se sentían en inferioridad, bien vigilados, y

hubieron de quedarse quietos, sin intentar airear sus armas.

Por mi parte, estaba asombrado de no haber tenido que volarle los sesos a nadie.

Dominaba la situación y adelanté sólo en dirección a la mesa presidencial.

El fiscal me siguió valientemente y lo mismo hicieron los policías que le escoltaban.

Yo procuraba cubrir al fiscal con mi cuerpo, por si acaso.

La situación llegaba al máximo de tensión. Las gentes contenían la respiración.

Sabían que de un momento a otro se podía producir el estallido.

CAPÍTULO XII

Harrison, «Caracortada» y el otro fulano tuvieron que cedernos el sitio.

Comenzó a ceder la tensión, aun cuando podía volver a elevarse tan pronto las muestras de su bellaquería quedasen al aire.

Ellos sabían perfectamente lo que yo me disponía a llevar a conocimiento de los sindicatos, y quisieron hacer la del humo. Pero allí estaba Talbot, quien les invitó cariñosamente a quedarse.

Comencé la lectura de libros, anotaciones y documentos que demostraban sin ningún género de duda las infracciones, abusos y delitos que el grupo de *gangsters* *había cometido*.

Todos los que escuchaban entendieron perfectamente; y los que no habían comprendido mis palabras de antes se sintieron deslumbrados por la verdad concreta que dejaba totalmente desvelada con aquellos datos.

Si en aquel momento nos hubiésemos retirado el fiscal, Talbot y yo, así como las fuerzas que nos acompañaban, los granujas hubiesen sido destrozados pese a que iban armados y los otros no.

Aquellos hombres que aisladamente se habían dejado dominar, aunque muchos de ellos sospechaban cosas de las que yo estaba exponiendo, ante una evidencia que les unía, constituirían una fuerza invencible y temible a la vez.

Y si tal fuerza no se lanzó en plan de desbordadora violencia fue gracias a la presencia del fiscal que reclamó moderación, tranquilidad, en diversos momentos.

Cuando todo estuvo totalmente claro, inició Talbot su acción.

Comenzó por detener a los peces gordos, como Harrison y «Caracortada», y terminó con los chivatos, aquellas inmundas ratas provocadoras, bien conocidas de todos, y cuyos nombres pude proporcionar gracias a las asignaciones que recibían del sindicato.

No resultó difícil para mí ir dando la lista gracias a las

«gratificaciones» que «por trabajos extraordinarios» recibían frecuentemente de la dirección, sus esbirros.

Se produjo un momento de confusión en el que Harrison intentó volcar la mesa para escapar. Pero lo dominé pronto echándole abajo los dientes al abogaducho.

Lo hice de un solo puñetazo. Y es que el fulano aquel tenía unos dientes que parecían de yeso. Al revés de su cara, que era de lo más dura.

Una vez «convencido» Harrison por mí «diplomacia», habló el fiscal en medio de un silencio impresionante.

Fue sencillo y comedido. Dijo así:

—Amigos: llevo estos documentos que servirán de prueba contra estos granujas que estuvieron abusando de vosotros. Opino que debéis formar una comisión reducida que debe pasar a visitarme para asegurarse de la autenticidad de los mismos. Y luego, creedme; elegid vuestros dirigentes entre vosotros. Hacedlo con cuidado y orden. Si tenéis alguna justa reivindicación que hacer, no debéis vacilar, hacedla. Se os atenderá. Y seguid el consejo de Power; debéis ser vosotros mismos quienes gobernéis vuestra casa.

Hubo aplausos en abundancia.

Y el desfile se inició con bastante orden.

Los detenidos delante, naturalmente, llenando pronto los coches que se habían pedido para ellos. Unos coches especiales en los que más vale no verse, créanme. Llevan rejas. Yo prefiero el «Metro» o ir a pie. Es lo más higiénico.

Es bonita la libertad, poder respirar con tranquilidad.

El fiscal me abrazó y todo, cuando se despidió de mí. Me ofreció un puesto a su lado. Pero yo, a lo mío; no quiero líos.

Talbot y el fiscal tenían en su poder todas las pruebas contra Lawson y su equipo de granujas.

Que se encargasen de detenerlos. Mi misión había terminado.

Antes de separarnos me comunicó Talbot que podía volver tranquilamente a mi departamento o a mi oficina. Había sido retirada la vigilancia que tenía orden de darme caza.

En cuanto a los equipos que Lawson había lanzado en contra mía, habían sido retirados también de la circulación con esa eficiencia que mostraba siempre la gente que se hallaba a las órdenes del capitán Talbot.

Me decidí por mi departamento. Tomaría una ducha, descansaría... Al día siguiente iría a cobrar mis honorarios a Logan. Me pondría de acuerdo con Marion para ir a bailar la rumba y cenar juntos. Yo llevaría mi licencia de matrimonio, y si ella quería...

Abrí la puerta de mi apartamento, percibí un perfume delicioso. Me alarmó un poco, porque no era el que yo usaba. Aquél era un perfume femenino y yo apenas si usaba uno muy masculino.

Conocía aquel perfume. Traté de recordar, pero me fallaron el consciente y el subconsciente.

Temí que se me venía encima el lío.

¿Sería mi secretaria? Ella había tenido aquellas audacias más de una vez, antes de casarse, naturalmente.

Comenzó a funcionar la memoria. No, no era ella. ¿Claire, la espectacular Claire? No, tampoco. ¿Habría vuelto Ethel antes de tiempo?

No, no era el perfume que ella usaba.

—¡Está bien, me rindo! Puedes salir —dije.

Di un salto de improviso, sin creer que pudiese ser Marion, aunque el perfume era justamente el de ella.

Crucé de dos zancadas el diminuto *hall*. *En la pieza siguiente, en la semi-penumbra, descubrí a Marion. Estaba tendida al pie de un cómodo sillón, sobre una piel de tigre que servía de alfombra.*

¡Parecía que estaba muerta! Sus ropas no guardaban el orden natural, de haberse quedado dormida, esperando. Me pareció que de su boca salía un hilillo de sangre y su rostro parecía pálido, desencajado.

Encendí una luz.

No pareció que estuviese muerta; pero indudablemente, estaba herida, había sido maltratada.

Quise creer que vivía y corrí hacia un armario en donde guardaba un bien provisto botiquín de urgencia.

Ahogué un grito de terror.

Al abrir el armario se me vino encima el cuerpo rígido de un hombre. Aquél sí estaba muerto, sin ningún género de dudas.

CAPÍTULO XIII

El fulano estaba muy cambiado, pero me pareció reconocerlo. No obstante, no me quise detener. Me interesaba Marion y alargué las manos para tomar el botiquín que no llegué a tocar.

Me encañonaron por la espalda. Era uno el que me encañonaba, pero adiviné que había otro fulano con él.

De no ser así, hubiese intentado darle el susto.

Imaginé que detrás del que me encañonaba se hallaba Lawson, y me dirigí a éste:

—Hagas lo que hagas, no podrás escapar, Lawson.

—Eres un chico listo, pero en eso te equivocas. Comprendí hace unas horas que tenía la partida perdida y lo preparé todo con tiempo. He aguantado por si se producía el milagro y me salvaba; y por vengarme. El milagro no se ha producido.

—Pasó la época de los milagros, Lawson.

—Eso es lo malo para ti, porque solamente un milagro te podría salvar. Y como pasó ya la época de los milagros...

Se mostraba irónico, con una ironía amarga, plenamente justificada por la espantosa derrota que le había infligido.

Quise ganar tiempo. Si no los entretenía, me liquidarían rápidamente. Ellos no podían ignorar que, aun con todo preparado, les podía fracasar la huida.

—Qué cosas tiene la vida, ¿eh, Lawson? Pensabas ser el gobernador del Estado, aunque realmente figurase Prestley como tal. Tropezaste con un pobre diablo como yo y se ha derrumbado todo. No imaginé que pudiese poseer tanta fuerza.

—¡Eres un suertudo, eso es todo! No has hecho más que volarles la cabeza a cuatro fulanos y lo demás se te ha venido a las manos.

Hablaba con rencor.

—Si me hubieses escuchado en el sindicato no hace mucho aún, hablarías de mí con más respeto. El fiscal ha dicho que mi discurso

ha sido el mejor que ha escuchado en toda su vida. Yo mismo estaba asombrado. Soy un captador de masas, Lawson.

Hablaba en tonillo irónico, aunque la verdad era que la camisa no me llegaba al cuerpo.

—Has hecho el descubrimiento tarde y no te va a servir de nada —dijo él.

—¿Vas a ordenar que me asesinen? —pregunté.

—Eres un chico inteligente.

—¿No le temblará la mano al fulano? No parece muy seguro de sí, Lawson. La verdad es que tú, vales; pero te rodeaste siempre de gente de pocas agallas.

Sentí aumentar la presión que ejercía la pistola sobre mis riñones. El fulano estaba furioso y no solamente eso, sino nervioso.

Seguí hablando:

—Me hubiese gustado verte en el muelle cuando lo de «Caracortada», Lefty y «El Champ». Yo solito contra ellos. ¡Y menudo baño se llevaron al final! Parecían perrillos apaleados...

—Pues lo que te sobró allí te va a faltar aquí. Y la pistola tiene silenciador. ¡Atención, Weheler...!

Iba a dar la orden de disparar. No quise darle el gusto de verme temblar y mucho menos de suplicarle. Para dominar el natural miedo que hormigueaba por mi cuerpo, pregunté:

—¿Quién es el fiambre que has soltado ahí? Me ha parecido reconocerlo.

—¿Y qué puede importarte?

—Una curiosidad como otra cualquiera. Lo has soltado en mi casa...

Dijo con rencor:

—Es Kirk Hayes. ¿Lo recuerdas?

—Sí. Lo detuve yo. No recordaba que cumplía ya su condena. Por cierto, te portaste como un cerdo con él después de lo que el chico aguantó para cubrirte.

—No iba a descubrir mi relación con él. Se atrevió a amenazar que me destrozaría cuando se viese libre. Y le envié dos para que lo liquidasen.

—¿Y no lo liquidaron?

—No. Se metió por medio Sthal... ¡Menudo granuja también! Trató de hacerme chantaje...

—Te pidió que detuvieses la huelga. Se había comprometido con Logan y cobraba para eso.

—No te hagas, el inocente. Tú conocías bien a Sthal. Ésa fue una condición. Me pidió dinero también, hubiera sido una sangría... ¡Todo por culpa de ese cerdo!

Se iba irritando a medida que hablaba y adiviné más que vi que le asestaba un puntapié al cadáver de Kirk.

El cadáver sufrió una sacudida y descolocó al fulano que me encañonaba. Fue solamente un instante. Y aproveché ese instante. Soy muy rápido de reflejos.

Me arrojé al suelo y al hacerlo desplacé más aún al fulano. Él disparó y yo experimenté la quemazón de la bala; pero no me mató ni mucho menos, que era lo que valía. Al menos, para mí.

Lo zancadilleé y me cayó encima. Él volvía a disparar en aquel momento, pero en aquella ocasión la bala rompió un jarrón que me había regalado Irma.

Me encorajiné la cosa y desplacé mis dos pies con terrible violencia.

El fulano salió proyectado con fuerza en dirección a Lawson. Éste había echado mano a su pistola, dispuesto a deshacerse de mí aunque tocase algo de la ración a su compinche.

Lo malo para él fue que la ración se la llevó toda el pistolero, que se estremeció en el aire al ser víctima de los dos impactos.

Cayó contra Lawson a pesar de que éste intentó esquivarlo. Lawson se mantuvo en pie, aunque por el momento perdió el equilibrio.

Y no llegó a recobrarlo porque yo salté de manera felina colocándole mi cabeza a la altura del estómago, desviando su brazo armado.

Él conservó su presencia de ánimo y levantó una de sus rodillas con la que me golpeó en la barbilla, aturdiéndome.

Pero no pudo evitar que debido al impulso que yo llevaba, lo derribase de manera aparatosa.

Era fuerte Lawson y desplazó sus dos piernas, lanzándome por el aire; pero yo me había aferrado a su brazo armado y no lo solté.

Caí hábilmente, me dejé llevar del impulso y le retorcí el brazo, colocándoselo a la espalda.

Forcejamos durante unos instantes y se impuso la sobriedad de

mi vida frente a la suya poco edificante.

Salió disparado por el aire y cayó contra un mueble.

Respiró fatigosamente, lanzó una imprecación y se levantó para recoger el arma que le había hecho soltar.

Yo desplacé un pie de manera violenta. Gritó de manera horrorosa al impacto, que sufrió en la barbilla. Salió despedido hacia atrás y le perseguí con saña.

Le golpeé con el canto de la mano, ligeramente por debajo de la oreja, y se tambaleó medio inconsciente.

No lo quería matar. Debía comenzar a borrar mi leyenda negra. Y dirigí mi izquierda en dirección a su hígado.

Recibí la impresión de que mi puño había penetrado en su grasienta anatomía. Él adquirió una coloración verde-amarilla que no le favorecía nada.

Pero no le di tiempo a contemplarse al espejo para que no se llevase un desengaño. Se había doblado ligeramente al recibir el golpe y le apliqué el canto de mi mano en la nuca.

Cayó de bruces. Temí que había roto uno de los baldosines; pero no. Fue él quién se estropeó la cara. Y quedó quieto, dormido, dando la impresión de que no había roto un plato en su vida.

Me enternecí al contemplarlo tan pacífico. Posiblemente estaría oyendo piar a los pajaritos allí dentro de su cerebro y hasta sería feliz. Lo malo vendría al despertar.

Tomé el aparato telefónico. Poco después tenía a Talbot a la otra parte del hilo.

—¡Hola, capitán! El bueno de Arthur Lawson no quiso irse sin despedirse de mí, pero usted ya conoce mi oratoria. Lo he convencido para que se quede...

Estoy seguro de que Talbot tembló. Me apresuré a tranquilizarlo, diciéndole:

—Le aseguro que está dormido solamente. Tengo dos fiambres, pero son cosa de él. En fin, si viene por aquí, lo verá; y tendré mucho gusto en invitarle a un *whisky*.

Decidí no fiarme de Lawson y antes de dedicarme a Marion, lo amarré bien, de forma que no pudiese soltarse.

Afortunadamente lo de Marion no tenía importancia. Se habían limitado a dejarla fuera de combate por el momento, para que yo le diese preferencia a ella y poder sorprenderme. Lo del fiambre de

Kirk era el complemento para terminar de desquiciarme.

Ella volvió pronto en sí y me lo refirió todo; hasta la manera ignominiosa cómo se había dejado cazar al creer un recado telefónico en el que le comunicaron que yo estaba grave en un hospital.

Ella, cuando se dio cuenta del desorden de sus ropas, se apresuró a corregirlo. Luego se lamentó:

—¡El muy monstruo quería llevarme con él!

—Censurable, pero comprensible —respondí—. Lo que no comprendo es cómo no te han secuestrado todavía, porque amiga mía...

La chica amenazó:

—¡Sé en dónde tienes un extintor!

No fue necesario que fuese en su busca porque llegó Talbot con todo el equipo necesario.

Me dejaron limpio el departamento en poco tiempo.

Y le completé los datos que le faltaban y que había conocido por el propio Lawson.

Le prometí que al día siguiente Ethel, que sería un buen testigo, estaría de regreso. Él me prometió en cambio que Sandy sería tratado con el máximo de benevolencia.

Invité a *whisky*. A él y a los que le habían acompañado. Intuyeron que sobraban allí y tras beber, se largaron.

Me volví a Marion. Abrí los brazos esperando sorprenderla y dije:

—¡Al fin solos, querida!

Si algunos de ustedes creen que las mujeres pierden el control fácilmente, si piensan que son fáciles de sugestionar, están arreglados.

Ella sonrió dulcemente y dijo con cándida expresión:

—Eso se dice después de la boda, querido, recuérdalo. El novio entra en la nueva casa con la novia en los brazos y...

Estaba segura de que yo entendería y dejó la frase en el aire.

—No nos hemos casado aún, ¿verdad? —pregunté con expresión de absoluta candidez.

—Todo me hace pensar que no.

—Ya recuerdo. Primero era lo de la cena y la rumba.

No dijo que sí ni que no. Permaneció allí aguardando. Yo fui al

tocadiscos y momentos después el ritmo melódico de una rumba nos arrullaba.

—Si me permites, es nuestro baile —invité.

Aceptó con su mejor sonrisa.

—Una nada más. Es un poco tarde y los vecinos se pueden quejar. Espero que seas comedido.

Mi diestra tembló cuando la coloqué en su talle. Creí que me iba a desmayar al percibir tan cerca de mí su perfume; bueno, y lo otro...

La puerta del departamento se abrió sin que nadie llamase, sin previo aviso. Esperé que asomase por ella la boca de fuego de una pistola ametralladora. Pero fue peor.

Era Irma, mi secretaria. Sus ojos echaban lumbre. Yo pensé que lo mejor era desmayarme. Había recibido golpes suficientes para ello.

Respiré aliviado cuando detrás de Irma apareció su marido. Ella se mantuvo tiesa. Me arrojó unas llaves que tomé en el aire y me dijo:

—Son las de la oficina.

—Gracias, Irma.

Me tiró otras. También las recogí en el aire.

—Son el duplicado de las de este departamento. Te las olvidaste allí.

—Gracias de nuevo. Eres muy gentil.

El marido asomó la cabeza y sonrió conejilmente. Dijo:

—Hemos decidido no divorciamos. Por tanto, como usted no ha actuado, no he depositado los cien dólares en su cuenta corriente.

—No se preocupe por eso. Espero que los tenga que gastar en árnica.

Guiñé un ojo a Irma. Ella me entendió. Sonrió y comprendí que lo haría andar derecho y anularía su tacañería.

Ella dijo:

—Suerte, jefe. Hoy he comprendido que ya no soy la secretaria eficiente que era.

—Pero serás una estupenda esposa, estoy seguro.

Entonces fue ella la que me guiñó el ojo. Sabía perder.

Se marcharon.

Marion me miró de forma muy particular. La rumba seguía

adelante en el tocadiscos. Y tomé mi decisión:

—Yo no quiero líos, Marion. Tú ya me conoces...

—Creo que te voy conociendo.

Lo dijo con segunda intención, pero yo fingí que no captaba la cosa.

—Tengo mi licencia en regla. ¿Por qué no nos casamos?

—¿Venderás extintores de incendios?

—No, te lo prometo.

—¿Dejarás para siempre tu profesión de detective privado?

—Prometido. Ya sabes que no quiero líos. Bien, entré en el juego porque tú me lo pediste.

No sé si he dicho que ella era muy romántica. Y me preguntó:

—¿Y de qué vamos a vivir?

—Escribiré novelas detectivescas. Ésta puede ser la primera...

—Dé acuerdo. Pero seré yo tu secretaria.

Tenía que pensarlo antes. Si ella era la secretaria, tendría que callar ciertas cosas, como por ejemplo... Bien, ustedes recuerdan a Claire y a Irma, ¿verdad? Yo también las recuerdo.

Ella aguardaba mi contestación. Me pareció que no se fiaba. Y le dije:

—De acuerdo. Bien, en ocasiones tendré que exagerar algunas cosas, ¿sabes? De mis peleas, de... Bien, a los lectores les gusta que el protagonista se lleve a las chicas de calle. A veces ellas me abrazarán, pero sin mala intención, claro. Alguna atrevida puede que me bese y todo. Otras se contentarán con guiñarme un ojo invitadoramente...

—Seré comprensiva. Claro, si alguna se propasa más de la cuenta, allí estaré yo para evitarlo... Yo sé lo que son las novelas. Y cuando vayas al editor te acompañaré, porque también sé que hay algunas secretarias que...

La rumba terminó y la volví a colocar. Pero ella, que se había apoderado de las llaves, tiró de mí. Salimos.

—Yo sé en dónde nos podemos casar ahora mismo —dijo—. Y así bailaré mucho más tranquila.

Balanceó sus caderas con gracia. Yo la seguí. Se volvió para sonreírme y me sacó la punta de su roja lengua.

Fáciles de sugestionar, ¿eh?

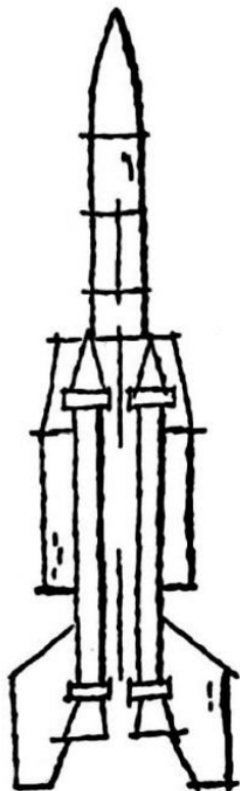
Continué hasta situarme a su lado. La enlacé del talle.

—No quiero líos, Marion, ya lo sabes, pero...
¡Qué mujer más sabrosa me llevaba!

FIN

Los cohetes

WIM DANNAU



Los actuales cohetes son un anticipo del mundo futuro: niños mimados de la técnica, armas poderosas, vehículos ultrarrápidos, naves del espacio, con ellos toman cuerpo los más audaces sueños del hombre.

La clara y sintética exposición del presente volumen constituye el primer testimonio de la Era que acaba de empezar.

Aquí están todos los modelos de cohetes que hoy se conocen, desde el proyectil antitanque al coloso que pone en órbita un satélite artificial.

Un catálogo que mañana servirá a la historia.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS



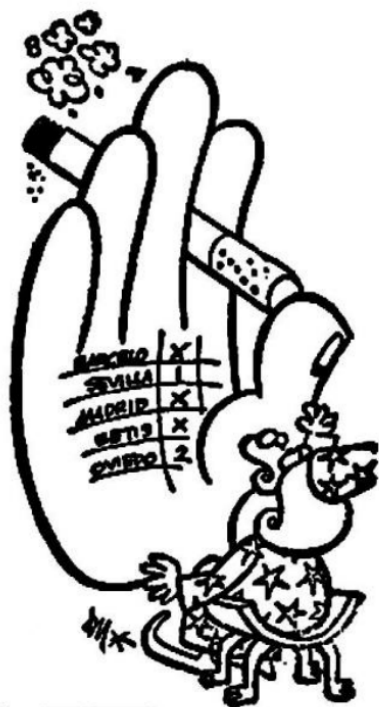
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vámonos a verlo.



**MARABU
ZAS**



TESOROS OCULTOS



RIQUEZAS

QUE

ESPERAN...

... la mano atrevida que las arranca de su escondrijo de siglos.

Son muchos (más de los que suponemos) los tesoros ocultos que cualquiera de nosotros puede encontrar estudiando antiguas leyendas o localizando los documentos reveladores.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Complejos

Adolfo Sarabia

Freud descubrió el mundo de los complejos y mostró al hombre facetas inéditas de su personalidad.

Adler, Jung y otros agudos escudriñadores de la mente humana, han puesto límites y abierto nuevos cauces a su descubrimiento.

Hoy es posible condensar en un volumen lo que son, cómo surgen y de qué manera se superan los complejos más importantes, aquellos que todos podemos padecer y que acaso ocultemos furtivamente en el fondo de nuestra naturaleza.

¿Quién sabe si la inquietante pregunta que en secreto nos hemos formulado tantas veces no hallará su respuesta en estas páginas?



**MARABU
ZAS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPÚBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18,
número 8-64 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSÉ.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conco, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 2ª Avda. Sur, 520
Edificio Modelo. Apartamientos 304-305 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.



**veterano
tiene eso
un veterano
sabor**

VETERANO ES DE OSBORNE
VETERANO ES O CONAC



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (Espana)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 pías. • Impreso en España - Printed in Spain

